



María Muñoz  
Jesús Pino  
Vicente A. Magaña  
Miguel Ángel Curiel  
Virginia A. Lobos  
María Antonia Ricas  
Ángel del Valle Nieto  
Manuel Quiroga Clérigo  
Paco Morata  
Vanesa Jiménez García  
Susana Béjar Sánchez  
Israel Fernández Villajos  
Julio César Pantoja Torrijos  
Mauro Cano Rodríguez  
M<sup>ra</sup>. Auxiliadora López Rodríguez  
Reyes Santiago Ostos  
Lola López Díaz  
Juan Carpa  
Juan Carlos Pantoja Rivero  
Joaquín Copeiro  
Margarita Anaya  
Jorge Llanos

*Ilustraciones:* J. García

# HERMES

REVISTA ESTACIONAL DE POESÍA

Hermes 24. Toledo. 2004

Revista Artesanal de Poesía

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y

Jesús Pino

Edita: *Hermes4*

Consejo editor:

Jesús Pino

María Antonia Ricas

Joaquín Copeiro

Juan Carlos Pantoja Rivero

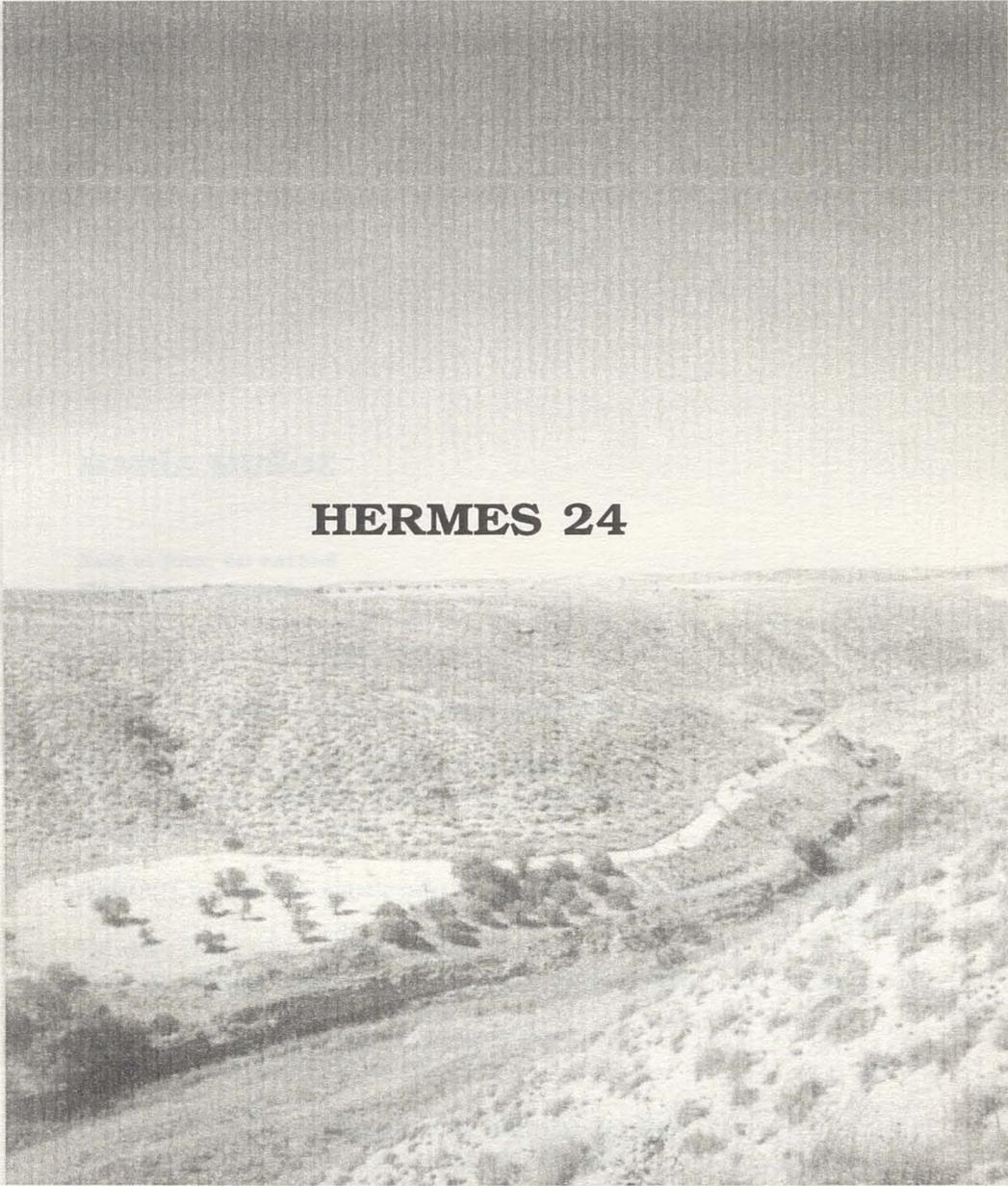
Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

Portada: Lucía Ruiz







**HERMES 24**

**PRIMAVERA 2004  
REVISTA ESTACIONAL. TOLEDO**



## MARÍA MUÑOZ

**Nuit et jour, on entend**  
**(de la ópera «Armide»)**

*... a M<sup>a</sup> Antonia Ricas*

Un brillo violento aparta la corriente del Leteo

del ritmo destellado circula felicidad  
y es la forma única y deleita un misterio  
de grado más humano

Alguien te piensa siguiendo la certeza de ningún mañana

Bajo la escarcha asciende luz  
y en la última lágrima la ciudad se pronuncia

Libre de sueños se ha vaciado el verano  
Flecha cautiva rueda la palabra

La noche anda entregada a la belleza del frío  
explorando el futuro de la consternación

Un astro arde y su cauce es nostalgia

No se puede invadir la alegría  
Marcando la abertura la aguja del corazón:

Tú activas las batallas  
el rayo desplazado el lujo justiciero

Hacia delante deambula el azar  
y lo eficaz es un timón de avance

Acumulas ansiedad

Todo el blanco delirio  
del color que ha seducido a la tristeza

Pero su tiempo en sí  
es diferente

Gira el entendimiento  
Amamos los días de la voluntad

Cercano al Bien  
un torbellino potente inicia altura

Murmullo de sentido  
Emocionada extrañeza

Sucumbe el canon ante la dificultad de olvido

## **JESÚS PINO**

### *AL TRAN TRAN DEL AMOR Y LA MUERTE(II)*

El alcotán, Jacobo de la Concepción Amaro, planea, en azulados círculos, sobre el campanario de la iglesia parroquial, acechando, con aviesas intenciones, la llegada de la blanca paloma Marisela. Más al norte, sentado en una roca granítica del cerro Cabeza Gorda, el diablo Andrés Fermín Causco, vigila atentamente, las vanidosas sensualidades que, Elfita Rozén, doncella de dieciocho abriles y un verano ardiente en sus entrañas, ejercita frente al espejo de su dormitorio. Alejo y Saturno Rincón, hermanos, viven juntos y satisfechos. Viven solos y contentos. Viven ajenos a las huracanales turbulencias de su vecindad. Alejo y Saturno Rincón llevan más de cuarenta años sin hablar con nadie. A las siete de la tarde ponen las cartas sobre el hule de la mesa y juegan diez o doce partidas al tute. Alejo y Saturno Rincón deben llevar jugadas más de ciento cincuenta mil partidas de tute. Por la calle Imperial, Casto Derrica, cojo de nacimiento, esquivo las corrientes de aire con hábiles y primorosos balanceos de la cadera. Casto Derrica va a morirse al cabo de dos horas, pero como no lo sabe y ni siquiera lo intuye, camina a su manera, despreocupada y ondulantemente, por la calle. La blanca paloma Marisela no es paloma eclesiástica. La blan-

ca paloma, Marisela, tiene confortable y seguro nido en el palomar de Rosendo Viña, el boticario. La blanca paloma, Marisela, a eso de las siete de la tarde, remonta el vuelo hasta la torre parroquial para extasiarse con la puesta de sol. Elfita Rozén expone, desnudos, sus dieciocho años frente al espejo del armario de su dormitorio. Elfita Rozén es moza de saludables y proporcionadas carnes. A Elfita Rozén el verano de sus bajuras le puede ocasionar gozosas y comprometedoras hazañas. El diablo, Andrés Fermín Causco, espera, pacientemente, su momento. El diablo, Andrés Fermín Causco, en el mientras tanto, busca con su rabo alanceado lagartijas en las grietas de la roca. El cojo de nacimiento, Casto Derrica, ignorante de su cercana muerte, camina toreando las corniveletas corrientes de aire, con garbo y buen son. El cojo, Casto Derrica, se aproxima, paso a paso, hacia su fin, sin preocupación ni angustia ni rencores. El cojo, Casto Derrica, casi, casi, es feliz con la bota nueva que, aunque poco, en algo le disimula la cojera. Alejo y Saturno Rincón o viceversa son hermanos mellizos y cautelosos. También son misántropos y solitarios, ásperos y recios, silenciosos y ce-trinos, desconfiados y de mirada torva, poco amigos de bromas y buenos jugadores de tute. Al ritmo que llevan pueden alcanzar en su existencia, el millón de partidas. Los hermanos Alejo y Saturno Rincón o viceversa, el verano siguiente a la proclamación de la República, intentaron sustituir el tute por el julepe, pero, a lo que se ve, no debió cuajar la intentona, por no se sabe qué indescifrables razones. Desde el palomar del boticario Rosendo Viña al campanario de la iglesia parroquial, en línea recta y suave pendiente, no habrá más de trescientos o cuatrocientos metros mal contados. La blanca paloma Marisela, no obstante, invierte más de dos horas y media en recorrerlos, tar-danza que envenena los avinagrados ojos del alcotán Jacobo de la Concepción Amaro, preso en sus azuladas y geométricas ór-bitas. Cuando la blanca paloma Marisela, abandona, por el ven-

tanuco del corral, el palomar del boticario Rosendo Viña, toma rumbo hacia el este, vuela a rasoteja hacia el patio del cojo de nacimiento Casto Derrica y aterriza en el borde de la fuente, adormeciéndose de frescura y contemplando el ir y venir de los pececitos de colores del pilón. Marisela, la blanca paloma, sabe que, a esas horas, el cojo Casto Derrica, anda veroniqueando las mihuras corrientes de aire de las calles, caminando a paso trenqueante, aunque firme, hacia su muerte. Elfito Rozén, posa, frente al ojo rectangular del armario de su dormitorio, desnuda y caliente. Elfito Rozén despertó de la siesta con un run-run de estío lujurioso en el pezón izquierdo que le fue encharcando el resto de su encarnadura hasta ahogarla en una pantanosa ciénaga de deseo a la que no era ajeno el diablo Andrés Fermín Causco. Desde la atalaya del Cerro Cabeza Gorda, el diablo Andrés Fermín Causco, estuvo espionando los sueños de Elfito Rozén con la grave y letal paciencia de quien no tiene mejor cosa que hacer ni otros ocios en los que malgastar su condena por los siglos de los siglos. El diablo, Andrés Fermín Causco, especialista en tentaciones erótico-femeninas-solitarias, indujo, con profesionales artes, la levisima rozadura del bordado de la sábana en la hendidura del pezón que resbalaba sobre él, como un dedo maligno, al compás del hondo respirar de Elfito. Alejo y Saturno Rincón, hermanos y huraños ambos y en individual, prepararon la mesa con el hule y se sentaron, uno frente al otro, para iniciar la partida de tute. Alejo y Saturno, desde el fracaso de la intentona del julepe, no dejaron de jugar sus partidas ni el día del entierro de sus padres Ramón Rincón y Eusebia Garbanzo. Los antedichos progenitores de Alejo y Saturno murieron de envenenamiento por la ingestión de una sobredosis de matarratas. El dictamen del juez fue suicidio, pero las malas lenguas decían que ¡ca!, y miraban a los hermanos con acusadores ojos. Alejo y Saturno repartieron cartas y se olvidaron del mundo y sus vanidades. Cuando la blanca pa-

loma Marisela se aburrió del frescor y de los peces del pilón de la fuente del patio de Casto Derrica, el cojo de nacimiento, emprendió vuelo hacia el norte, deteniéndose a descansar en la barandilla del balcón de Elfita Rozén. A través de las ranuras de la persiana, la blanca paloma Marisela, vio a la moza en pelotas, mirándose en la luna del armario. También vio a Casto Derrica, el cojo de nacimiento, que avanzaba, por la sombra de la calle, toreando por delante a los pabloromeros aéreos. Lo que no vio Marisela, la blanca paloma, fue a la muerte de Casto Derrica, quizá porque no miró con demasiada atención, quizá porque en ese momento, Elfita Rozén, alzó la persiana y la espantó. Lo último que oyó la blanca paloma fue un chisteo provocador y un ofrecimiento carnal. Casto Derrica le quedó muerto encima a Elfita Rozén. ¡Qué susto, señor juez! A Elfita se le trocó el verano de sus entrañas en un invierno macabro y tembloroso. Esto debió ocurrir poco antes de que el alcotán Jacobo de la Concepción Amaro avistase a Marisela, la blanca paloma, llegando a los tejados de la iglesia. Más o menos cuando Saturno Rincón cantaba las veinte en oros.

Baldomero Armaneco levanta la ondulada puerta metálica de la tienda de lencería cuando el reloj municipal inicia el canto de las nueve. Julián Benemérito atravesó la plaza pública mientras el reloj municipal daba la tercera, la cuarta y la quinta campanada de las nueve. A la octava, Julián Benemérito, ya está sentado a la mesa en la oficina del Ayuntamiento. Roque Sanjurjo abre de par en par la puerta de la carnicería entre la sexta y la séptima campanada, dejando salir, al aire de la calle, las gaseosas pestes enajenadas de la piel y las entrañas de las mercaderías. Con la última campanada, Saturnino Brea, subió las cortinillas del salón barbero. Agustina Estimón barría la acera de su señorío cuando las campanas de la Iglesia tramitaban el viejísimo anuncio de la nueva mañana santificada por la gracia de Dios. Baldomero Armaneco, primo segundo de Aquili-

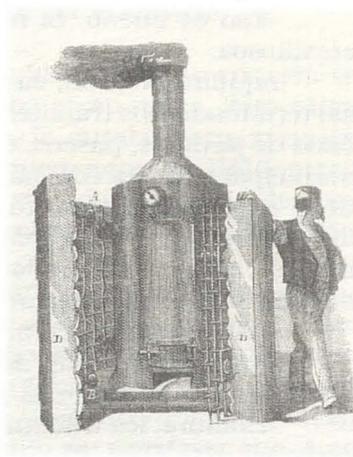
no Neurón, el difunto novio de Esperancita Granojo, vende poco: unas cintas de seda azul, unos cordones de zapatos, unos calcetines de algodón,... ¡naderías! Naderías que, si bien le dan de comer, no satisfacen los ambiciosos objetivos artísticos del alma de Baldomero. A él, a Baldomero Armaneco, lo que le llenaría de verdad el valle anímico, sería vender las delicadas prendas que hermoseaban las ensoñadoras intimidades de las jovencitas, de las señoras maduras e incluso de las pasadas mujeres del vecindario. Un conjunto parisien de bragita y sujetador color grano de granada; un salto de cama de seda transparente con encajes frontales; un picardía de agua rosa... Pero Baldomero Armaneco despacha botones, agujas y cremalleras, desnudando, imaginaria e inocentemente a la señora de D. Liberio, el maestro, a la señorita Monchi, a doña Beatriz, esposa del notario, ajustando a sus cuerpos una pieza de tul, una fantasía de cristal, unas coloridas y suaves traslucideces. A Baldomero Armaneco le hace la competencia, muy descaradamente, la ninfa María de las Virtudes Góndola. El primer cliente de Saturnino Brea fue Aquilino Neurón, el difunto novio de Esperancita Granojo.

-¿Qué va a ser, Aquilino?

- La barba y el pelo.

-Vamos con ello. Siéntate.

En el largo espejo barbero, Aquilino Neurón, se veía pálido y avejentado. Se conoce que la vida de muerto no le iba bien. Cuando Saturnino Brea, luego de engollarle la tirilla blanca y cubrirle con la sabanilla, aplicó la máquina en la nuca, inician-



do el dominado y artístico proceso de restauración, también inició el complementario arte barberil del diálogo:

-¿Y qué? ¿Todo bien?

-Bien, por ahora. Ya veremos más adelante.

-¿Mucho trabajo?

-Mucho.

-Eso es bueno. Si no hay trabajo nos hacemos vagos y envidiosos.

Aquilino Neurón, casi al día siguiente del golpe de cornisa, terminados los trámites sobrenaturales, se le encargó el cuidado de jardines, paseos, tiestos y cualquier tipo de plantación municipal y casera con carácter ornamental. Duro trabajo si se tiene en cuenta que su función era convencer, no eliminar, a las orugas, trips, escarabajos, cochinillas, gusanos, pulgones y limacos, para que abandonaran su forma de vida y se acomodaran a otra más constructiva y mansa.

-¿Arreglaste, por fin, el asunto de los tréboles?

-Aún queda algún detallito pendiente.

-Es que dan mucha guerra.

-Hombre, los trifolium solos son fáciles de tratar; lo malo, como en este caso, es cuando se entremezclan los dientes de león, las margaritas, el llantén o las lenguas de vaca. Y no te digo nada cuando además están presentes los borroncillos...

-Ya me lo imagino, ya...

La ninfa María de las Virtudes Góndola metió en un canastillo de mimbre las cinco servilletas bordadas con hilos vegetales y agarrándose a la estela del vuelo de una pinche llegó hasta la entrada del pueblo donde adoptó la figura y la sombra de Eusebita, la niña pequeña del pastor de ovejas churras Cédulo Comarón. A Eusebita, la infiltración de la ninfa, no le afectaba ni a la salud ni al genio, porque María de las Virtudes era muy dulce y acomodable y penetraba en la misteriosa existencia de Eusebita con muchísima suavidad y comedimiento. A Eusebita,

cuando la posesión, le bajaba un ligero sofoco desde la nuca a la planta de los pies y se le encendían los ojos con un fulgor semejante al de las uvas de gato de las parras.

-Señorita, que le traigo su encargo.

-Pero que niña tan educada.

-¿Manda algo más la señorita?

-No, guapa. Y toma, una peseta por el servicio.

-Gracias, señorita Esperanza.

Cuando Eusebita recobraba la libertad de su corazón se sorprendía de la peseta que encerraba en su mano. Pero como era una niña práctica y coquetuela, le duraba poco, y en un santiamén se acomodaba en el mostrador de Baldomero Armaneco y se compraba una cinta rosa para el pelo o dos botones de nácar. La vida, con sus vueltas y revueltas, también sabe de justicia distributiva.

El novio difunto de Amelita Granojos, el lujurioso asfixiado Valeriano Primor, hacía poco por salir del marasmo en que había quedado tras el beso mortal. A veces, se le veía cruzar la plaza hablando solo, o iba de un lado al otro de la calle como un borracho. Los vecinos pensaban que tales excentricidades eran producto de un exacerbado sentimiento sin satisfacer que, a no tardar, le llevarían a cometer alguna barbaridad y si no, al tiempo.

-Táte quieto, Valeriano!

-¡No puedo, no puedo!

-¡Cállate ya, Valeriano!

-¡Que más quisiera!

-Mal te veo, Valeriano

A Amelita Granojo los horóscopos le salían cada vez más precisos y certeros. Y la gente empezó a sentirse inquieta, que a nadie le gusta saberse vigilado en sus acontecimientos futuros. Lo de Amelita Granojo iba para brujería.

-Valeriano...

-Dígame usted, señor cura.

-Vamos a ver si nos entendemos. Tú, como difunto que eres, ¿tienes acceso a las cosas del mañana?

-A algunas, sí. De poca importancia: si va a llover, si van a eclosionar los huevos de las perdices, si se le van a quemar los fritos a alguna ama de casa,..., poco más.

-Entonces, ¿lo de Amelita?

-Ni idea, señor cura. Que a mí también me mosquea.

-¡Pues alguna explicación habrá!

-Esperemos...

-Hala, Valeriano, sigue dando tumbos por las calles.

-Adiós, señor cura.

Julián Benemérito instalado tras la mesa de su oficina, esperó. Julián Benemérito esperaba todos los días desde el último verano. Antes también esperaba, pero de otra manera, sin expectación ni emoción ni ansiedad. Antes esperaba como un funcionario de a pie a que pasaran las horas lenta y monótonamente. Ahora, no. Ahora esperaba la aparición de la concejala Amparito Cirgüello. Julián Benemérito era hombre de principios firmes y seguros y desde que, el último verano, viese a la municipal bañándose en pelotas en el río, no había pensado en otra cosa que en volverla a ver desnuda. Y esperaba a Amparito Girgüello con la redundante esperanza de que ella accediera a sus pretensiones.

-Buenos días, Julián.

-Buenos días, Amparito.

-Siempre el primero...

-Sí. Me gusta madrugar.

-Eso está bien. A mí, sin embargo, me cuesta salir de la cama.

-Pues, si quieres, voy todos los días a sacarte.

-Ya te gustaría...

-Pues sí, ya lo creo que me gustaría.

Amparito Cirgüello conocía bien cuáles eran las intenciones de Julián Benemérito. Mientras ella, desnuda en las verdes aguas del río, se solazaba con la ninfa Catalina Burbuja Selime, el sátiro haragán y zascandil, José María Adobe, espía, agazapado en las ramas de un álamo de la orilla, los devaneos lujuriosos de ambas. Y desde allí descubrió a Julián Benemérito mirando, ociosa y pecaminosamente, las luces y las sombras del cuerpo concejil.

La Crítica de la Razón Pura, de D. Inmanuel Kant, es escabroso, espinoso y empinado libro por donde Manolita Granojo se obstina en ascender, y claro, resbala una y otra vez, hiriéndose en los huesos del entendimiento y desollándose la piel de la comprensión, aunque ella nunca se desanima y reemprende la subida de nuevo, cojeando, pero con indeclinable decisión.

-Permítame, señorita Manuela, una pregunta.

-Se lo permito con mucho gusto, D. Alfredo.

-Usted, y excúseme la ignorante imprudencia, ¿ha estudiado algún curso preparatorio de Filosofía?

-¡Huy, no! ¡líbreme Dios! ¿Para qué?

-Pues, y discúlpeme la inoportuna observación, para poder entender al alemán.

-Ah, D. Alfredo, así cualquiera, así todo resulta fácil y cómodo. Lo excitante es abrir las páginas y entrar, pasito a paso, en la densísima selva de los juicios, análisis, consecuencias y conclusiones. ¿No le parece?

-Visto así...

El carnicero Roque Sanjurjo huele como las sonrosadas piezas que cuelgan de los ganchos. Huele a cordero, a vaca, a cerdo, a gallina y a sudor propio. Huele a sangre seca, a sebo, a grasa, a cabeza de cochino, a carne picada, a costilla de lechal, a solomillo de ternera. El carnicero Roque Sanjurjo es una garrafa de olores muy profesionales que a su mujer, Camila

Miralles, la hermana del pastor de ovejas merinas, al principio, de novios, le daba un poco de asco, pero después, con el fresco y dulcísimo aroma del amor conyugal y la costumbre, se fue haciendo al ambiente, y ahora lo disfruta como una familiar y honesta atmósfera de armas.

-Roque, dame un hueso para el perro.

-Sí, señor, D. Macareno, no faltaba más.

-Dame, también, unos sesos de cordero

-A mandar, D. Macareno. ¿Le pongo como un kilo?

-Y también me pones unas criadillas de toro

-¡Qué mala suerte, D. Macareno! Las últimas se las llevó

D<sup>a</sup> Estanislá.

Roque Sanjurjo, además de fragante carnicero, es un respetable y pacífico ejemplar de la raza humana. Cuando acabó la condena de tres años en la prisión de Ocaña y regresó a su hogar, los vecinos le saludaron con la misma atención y afabilidad de siempre. Sus vecinos nunca dudaron de la inocencia de Roque Sanjurjo. Sus vecinos opinan que en este caso se equivocó de nuevo la justicia.

-¿Reconoce usted, que la mañana del susodicho día, a eso de las once, y con la cuchilla mayor, le cortó, al aquí presente, Fabián Largo Estribo, vulgo retrete, la mano izquierda, a la altura de la muñeca?

-Sí, mi señoría.

-¿Reconoce, asimismo, que después de cercenarle la mano, al supradicho Fabián, la recogió del suelo, la envolvió en papel y se la mandó a la señora del Fabián, cobrándole el precio de un muslo de pollo?

-Sí, mi señoría.

-¿Se reconoce, por tanto, autor de la mutilación antes expresada?

-Sí, mi señoría.

-¿Se reconoce, otro tanto, autor del abuso de precio a la

señora del Fabián?

-Sí, mi señoría

-¿Es usted culpable?

-Sí, mi señoría.

-Bien. Pues sigamos. Y deje de llamarme Mi Señoría, que no estamos en un cuartel.

Celestino Miralles, el pastor de ovejas merinas y cuñado de Roque Sanjurjo, no se enteró del suceso hasta la noche del día de autos, luego de guardar el rebaño y encender el último cigarrillo rubio, estrujó el paquete con tal inquina que al arrojarlo al suelo era igualito, igualito, a una canica de papel; luego echó a andar hacia la casa del Fabián y como la encontró cerrada, descargó su ira justo al pie de la puerta, una enjundiosa rabia fibrosa y maloliente. Celestino Miralles quería a su cuñado Roque Sanjurjo más que a nadie en el mundo y juró, mientras se subía los pantalones, que los gusanos no se comerían el corazón del Fabián. La pastora de ovejas manchegas, Luisa Lineal, vigila la rumia del rebaño a la sombra de una carrasca. Como es de duro sentimiento ignora las circundantes maravillas campestres y se entretiene tocándose las pudendas geográficas sensuales de su feminidad. Luisa Lineal ni conoce varón ni lo necesita. Con suavidad y destreza arranca con sus dedos los sabrosísimos frutos de sus pezones y las calidísimas flores de sus labios vaginales. A Luisa Lineal, jadeo va suspiro viene, sus ovejas la miran con la inocencia propia de la sinrazón animal. A D. Macareno, el de las frustradas criadillas, le tocaron más de quince millones en la lotería de Navidad. En el número 2, que ya es tener amor a un número. Antes, la gente le llamaba simplemente Macareno. Al día siguiente de saberse la noticia, le apareció el don como por arte de magia.

## **VICENTE A. MAGAÑA GARCÍA DEL PINO**

DORADA por las nubes del silencio nocturno  
apagas la amapola más sedienta y mas tibia  
de las aguas en piedad.

En tu ventana beben las lunas y los pájaros  
pero nada es pobreza sino tu sed de estrellas  
muertas...

Si subes a la cima o si bajas hasta el cielo  
no es más que un recuerdo de oro en tus mejillas...

Siempre volverá el olvido  
y siempre dejará en tus ojos su misma pluma de agua...

¡Qué parda la nieve...y tu amor...qué mortal!

QUIÉBRAME de veras,  
quírame, rosa,  
ambage del silencio...  
luna dormida  
quírame.

Tus pechos de uva  
suenan tibios  
en la noche  
sin sol.

Todo el pudor del cielo,  
todo el mar sin silencio,  
estrella en mí sus notas...

Luna roja, quírame,  
quírame pronto.  
Envía tus palomas de agua dulce  
desde el horno de tu incienso  
azul. Haz brotar al cordero  
de la fuente de nieve...

Porque aún tus pechos de niebla  
suenan tibios  
en la noche sin sol.

## MIGUEL ÁNGEL CURIEL

### *Teresa de Jesús*

«Desde Gumiel, la carretera de Madrid nos lleva a Aranda en un periquete, pero merece la pena desviarse para ver el antiguo monasterio de la Aguilera, el cuerpo de San Pedro se conserva allí con veneración, Isabel la católica le hizo labrar un buen sepulcro de alabastro...»

**Dionisio Ridruejo**

El día vence al sol  
Nieva y hablamos para vencernos

El pájaro se esconde de su vuelo

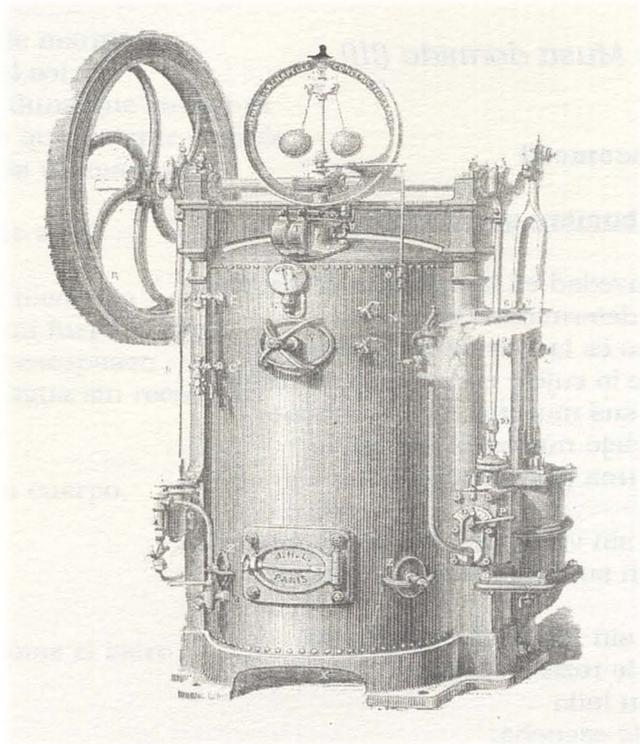
Caigo aquí, en este papel  
no rondo, estoy detrás de mí

Abandonado castillo  
Solitario paraje  
Estrella de la espuma  
-desnuda ella en la roza  
abandonada por un miserable-

Habla con los brotes...  
Quédate amigo

/Palomo cojo/  
No tienes ningún mar  
Hablas solo como un puente  
Vas delante de los días...

Día y noche separados por el viento  
Río de huesos.



**VIRGINIA A. LOBOS**

*De Musa dormida (III)*

**Giacometti****El hombre que camina I**

Gravedad en las plantas de los pies,  
va determinado sin verte  
y no es la tierra esa adherencia  
que lo sujete en la arena de hueso  
de sus muertos, no le sostiene  
el viejo núcleo, el testigo  
de una primitiva batalla.

Va sin verte, preciso, a sus misterios,  
y en su fragilidad se perpetúa.

Va sin mirar, sin verte, y tú  
no le rozas el hombro, no andas  
a su lado  
ni te escucha.

Y tú,  
que un breve viento tumbaría  
tu pecho,  
que el empujón más suave atraparía  
tu porción de camino,  
tu volumen de gas y de constancia...

### **Bola suspendida**

¿Qué linaje de mariposas  
arderá bajo el sol  
y habrá una duna que las cubra  
y un guijarro que indique cuándo  
se extinguió la última mujer  
apasionada  
y loca con sus alas?

Sítuate en el mediodía  
que suelda con fuego la grieta  
por donde se escapasen  
fibras de un agua sin recuerdo.

Quédate.  
Se curvará tu cuerpo.  
Calcinado.

Tiéndete.

Que se desplome el astro  
en ti.

## MARÍA ANTONIA RICAS

### De Cuerpos del delito II

#### *Malvada madrastra*

Les robo a las garcetas las camelias  
atadas a las ramas del invierno.  
Mi espejo tiene dientes, la leona  
se afila en el cristal sus cuatro garras.

Los árboles del río son mastines  
que se dejan poblar; dormitan, suelen  
moverse muy despacio sobre restos  
o acercarse a beber tambaleándose.

Hay un sol de muchachas azaradas  
que más tarde, en verano, se insolentan  
mostrando sus ombligos con argollas  
de acero.  
Ahora debilitan sus manzanos  
gimiendo igual que ovejas escuchándome

aullar,  
pero a pesar del miedo al hielo oculto  
que les haga un bebé en sus vientres lisos,  
que les saje la carne con los gérmenes  
del tiempo encizañándose, escapando,  
guardan la fortaleza de la piedra  
que hierve,  
que todo sol contiene sin sentirse  
indispuesto.

Acarician los perros de la orilla  
del río,  
llaman a las garcetas por sus nombres  
y se cubren de plumas concedidas  
y pescan  
como pájaros.

¿Dónde estará la lluvia de aguanieve  
que les arranque el corazón de un golpe?

¿Dónde, espejito mío, el nadador  
carnívoro olfatea a las muchachas  
y les come los pies y va subiendo,  
las envenena a gritos, les arranca  
el corazón de un golpe con su beso?

## ÁNGEL DEL VALLE NIETO

*A Miguel Argaya*

Al corregirme mi soneto Argaya,  
enseguida me puso en el aprieto  
de poner un acento muy concreto  
en la sílaba sexta y ... ¡cruz y raya!

Busco las once sílabas y, ¡vaya!,  
construyo humildemente mi soneto.  
Me gano de Miguel hondo respeto  
al llegar con las rimas a la playa.

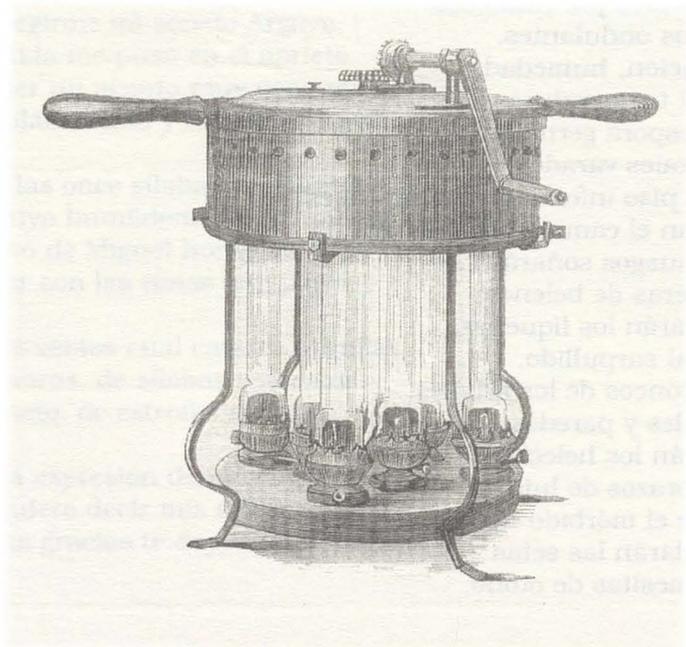
Catorce versos cual catorce estrellas  
de palabras, de sílabas y acentos.  
Oh soneto, de estrofas atalaya,

elevada expresión de todas ellas,  
en ti quiero decir mis sentimientos:  
muchas gracias te doy, Miguel Argaya.

## *Otoño*

Octubre. Quince grados.  
Larga noche de lluvia.  
El Sol retira de su lecho  
las sábanas de nubes  
y empieza, perezoso,  
su galante camino.  
Sus rayos son caricias  
que a la Tierra despiertan  
y a los primeros besos  
como novia se inflama.  
Es un día de esporas  
y de fértiles suelos  
removidos por húmedos  
arados ondulantes.  
Aireación, humedad,  
cabal temperatura...  
y la espora germina.  
Vegetales varados  
en el piso inferior de los sin flores  
inician el camino hacia la vida:  
los musgos soñarán  
praderas de belenes;  
tapizarán los líquenes,  
otoñal sarpullido,  
los troncos de los árboles,  
tapiales y paredes;  
abrirán los helechos  
sus brazos de lujuria  
sobre el mórbido tálamo del bosque;  
instalarán las setas  
sus mesitas de otoño,

y aunque vuelen algunas,  
pocas, muy pocas, mariposas blancas,  
en vuelo horizontal sin rumbo fijo,  
lo harán con más frecuencia, verticales,  
las soñadoras hojas de los árboles.  
La vida también cae,  
desde las hojas muertas,  
desde los troncos secos,  
desde las viejas rosas,  
al suelo que la espera y la recibe,  
al suelo que respira,  
que alienta, vive y late,  
percibiendo en su vientre  
la otoñal primavera  
de promesas calladas.



## MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

NIEVES SALVADOR, *EL EQUILIBRIO DE LAS MANOS*.

**DONDE NACEN LAS PALABRAS.**

**Colección Candela de Poesía. Grupo Poético Espinela de Benicarló, 2003, 115 págs.**

La poesía de Nieves Salvador es un mundo abigarrado, inquieto. A través de su palabra el universo recupera su valor humano, el amor se dignifica, la sonrisa se amplía y los rincones pierden de pronto su oscuridad, El verso de Nieves Salvador es claro, pacífico, rotundo. La vida aquí es algo plural, permanente, algo magnificado por los afectos y la alegría. No otra cosa debe ser la poesía. Por eso acercarse a los territorios de *«Donde nacen las palabras»*, el libro que reúne la producción de Nieves Salvador entre los años 1995 y 2002 es como penetrar, de forma rauda, en el mundo mágico de los sueños, en la vehemente historia del deseo y de la música.

La también poeta de Vitoria-Gasteiz, Ángela Serna, dedica un amable prólogo a esta colección de eternidades y, entre otras apreciaciones, escribe: *«Por un lado, la poesía de Nieves Salvador es un puro encabalgamiento las palabras saltan de un lado a otro de la línea del verso rompiendo sus límites, diversi-*

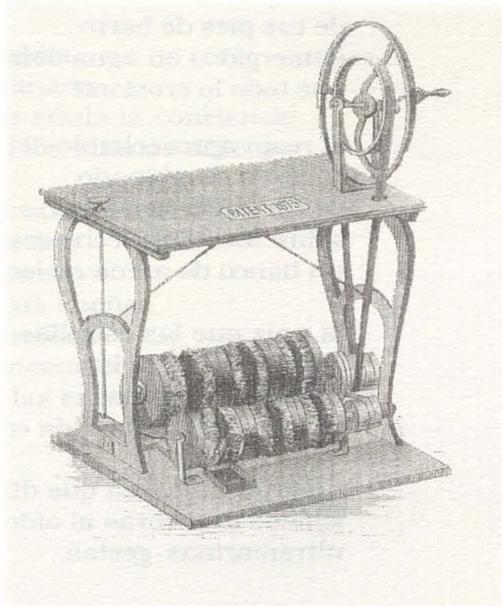
ficando ritmos, obligando a pasar de la taquicardia a la arritmia..., creando, en definitiva, efectos de una intensa emoción. Por otro lado, incapaces de decir todo cuanto la poeta quisiera que dijeran, las palabras urden alianzas de relación, de orden, de repetición o supresión: morfosintácticas, semánticas u otras, que multiplican planos e ideas y desembocan en un territorio onírico en el sentido más plural del término».

Luego viene la avalancha de versos, de imágenes, de paisajes, de pretéritos y futuros, de melodías encadenadas, de amores fervorosos o de minutos plenos, de vidas entrelazadas, de historias para el recuerdo, de breves dolores y de destinos presentidos. La autora recorre el mundo, los escenarios de la existencia, las horas de la felicidad, los dramas menos olvidados y con todo eso reconstruye su maravillado presente. Así que sólo queda bucear en las decenas de poemas, la mayor parte dedicados y con una expresa intención de amistad o de afecto, para comprender ese «*equilibrio de las manos*» que aparece en uno de sus poemas o la «*la blanca que me espera e invita cada noche*» o el final impresionante de otro «*Edifica la calle, la casa, y con la llave de este poema/abre la escritura y hazme el amor*». Hay delicias como la «*Vuelvo a ti*»: «*De nuevo vuelvo a ti gritando victoria./y a tu llegada los recuerdos se marchan*». El deseo, la sensación de plenitud, alguna amargura entre los campos de amapolas, el calor de las gentes cercanas: todo contribuye a inventar horizontes y pausas, vivencias y costumbre, tal vez porque Nieves Salvador se aferra a esa diaria costumbre de estar vivos y, con ello, apresar primaveras y espejos.

Estamos hablando de una poesía torrencial y vehemente, de unos prados celestes en que poder imaginar la palabra naciendo para edificar todos los caminos o resguardar suspiros y lágrimas. Se nos ofrecen estos versos, además, en un amable, atractivo y atrevido volumen de tono oscuro con una delicada portada de Peiró Coronado y una contraportada, de tono eróti-

co-musical de la propia Nieves Salvador, que es Codirectora de «Phayum, Revista de poesía visual», en cuyos ámbitos trabaja en unión de la citada Ángela Serna, que laborea constantemente para publicar la preciosa revista «Texturas» y del propio esposo de Nieves, Juan Carlos-Beltrán, estimable poeta y gran entusiasta de la poesía y la concordia, entre otras cosas.

Encerrados en sociedades escasamente libres, a veces, bocanadas de aire puro como las que ofrece Nieves Salvador nos permiten sumergirnos en la fe en el ser humano, en el amor como motor de la convivencia, en las regalías del deseo como iniciadores de los sueños. Por eso creemos que «DONDE NACEN LAS PALABRAS», que es donde nace el amor, es un libro que debemos tener en cuenta. Recordemos, para ello, versos como estos, dedicados precisamente a José-Carlos Beltrán: *«Tus ojos de océano/entraron en mi mar Mediterráneo, /y me rodeaste, agua, amor, por la cintura...»*



**PACO MORATA***pecio*

lo que arrastre el océano a la orilla  
a las plantas desnudas  
de tus pies de barro  
sumergidos en agua como un tiempo  
que todo lo erosiona

el resto aprovechable del naufragio  
el casco enrobinado  
de un navío fantasma  
sobre inestable lecho recostado  
un banco de arena en los bajíos

la cruz que las estrellas han escrito  
con su paciente luz  
escasa racionada  
sobre la airada bóveda en tu frente

un aura noticiosa que dibuja  
lejanas aventuras al oído  
ultramarinas gestas

envidia de quien nunca  
ha conocido el mundo

notas de libertad  
de alguno que ha corrido  
sobre un corcel de escurridizo lomo  
por la rosa sin rumbo de los vientos

distraídos marinos  
que nunca han advertido  
la danza del albatros  
tan vistosa en celo  
ni el cormorán cosmopolita  
que acompaña  
la estela de sus barcos  
el paso de sus vidas

la promesa baldía  
de algún iluminado  
un clérigo que adula la conciencia  
que anestesia los íntimos deseos

y la abundancia extrema  
del agua de la mar  
que ni siquiera sirve  
para apagar tus sueños  
la sed que te sofoca  
el soterrado incendio  
del miedo en las entrañas

*«in vino veritas»*

dijiste acariciando  
el cuenco de la copa  
como hubieras  
querido acariciarle  
la curva de la cara  
allí donde se juntan  
los lóbulos el pelo  
con el cuello  
brindando por sus ojos  
embustero  
cuando ansiabas  
arrancarle la ropa  
echar tu fruto  
al hondo jaraíz  
de su bodega

*«in vino veritas»*

te dijo acariciando  
su boca con el fino  
reborde de la copa  
ofreciendo el calor  
del caldo compartido  
a su garganta  
provocando  
la subida de todos  
tus humores  
la saliva en la boca  
y un fermento  
de poderosa sed  
bajo tu vientre

*«in vino veritas»*

articulaste apenas  
con la ofídica lengua  
mojándote los labios  
deseando beber  
entre los suyos  
el fruto madurado  
por el roble  
agarrarte a sus muslos  
rotundos como el árbol  
y libar entre ellos  
otros caldos  
más allá de protestas  
de resuellos  
de gritos y de espasmos  
de una noche de amor aderezada  
de atávicos sabores olvidados

*«in vino veritas»*

la verdad es que te vino  
sin apenas rozarla

## VANESA JIMÉNEZ GARCÍA

*·Mientras siento las venas que se enfrían,  
porque la frialdad tan solo me consuela·*

**L.C**

### **Perdido en la arboleda**

de esta palabra vuelta  
a su fatal locura. Caído  
desde la vasta negritud, maldito  
recordar aquellos días  
que su mano partía en dos,  
y en suspensión dejaba:  
aleteo fecundo y saciador.

Eternizaba entonces como nube  
obrando el milagro aquel:  
de las enemigas horas  
multiplicación constante  
contra la sombra o crepúsculo del tiempo.

Pasado el vértigo primero  
de su espalda, la mano  
cavaba una espiral de fuego  
en su costado, surcaba  
la caliente linfa de sus venas,

y animal ignoto o prisionero,  
creaba intermedios del deseo,  
aquellos días...

Perdido hoy en tierras quiméricas,  
lejanos desiertos  
y en ese mundo,  
donde otro dijo habitase el olvido, perdido  
en la búsqueda ancestral del brazo  
que se tiende hacia lo no finito...  
Perdido, eres,  
en la dolorosa y mortal plenitud  
que da la espera, eres...

### *La negacion más fértil*

La confesada noche de sus pechos  
fue un silencio vago, en las espumas  
doradas de las últimas visiones.  
Antes que el sol prendiera latitudes  
ya nunca conocidas para el hombre.

Le insinuó su querencia por debajo...  
(y se sintió el verbo así, casi no dicho).

La alcancía de su boca estaba hueca,  
un eco prolongado se interpuso  
antes del estertor de la caída,  
y, en ceniza conversa  
la parte más hermosa de su cuerpo  
(oblicua eternidad de la pupila),  
arqueó su alma  
con esos soplos breves de la lengua,  
y la lanza clavó: la negación más fértil.

**Tú que tejes amantes destellos de la sombra...**

hincada la rodilla en un aguantar perpetuo tu impotencia.

Tú que no aciertas a verte en el abismo, entre el borde de la noche y la mañana, de la primera luz y su milagro.

Tú que has renunciado al mundo y su medida que navegas en la imperfección del sueño, del reflejo.

Tú, tú no tendrás vida jamás, ni cuerpo, ni memorias, pero regresarás mil veces,

                  inviolable,

                          al alba,

                          en cada creación,

                                  en cada parto.

\*\*\*\*\*

**Huiste, tu cuerpo dejó su paraíso...**

Tu luz, mi faz temprana,  
al pie de un lecho inexistente.

Postrada, con cadenas de niebla,  
sin ti  
me ato y me abandono,  
soy de mí huella, imprecisión.

Devana esa madeja de inclemencias,  
devánala,  
descruza los hilos que me nombran,

bórrame los filos, los bordes, los contornos,  
déjame solo extensión,  
invisible de inmensa,  
solo horizonte,  
solo esencia.

\*\*\*\*\*

**Te invoco a tientas, no vienes...**

y ayer con ansias infinitas te invocaba  
en el lado más oscuro de mi alcoba,  
donde te dejé, fiel a la sombra,  
donde se posa un ave del ocaso.

Mis ojos sabían de tu ausencia,  
del ritmo inacabado  
que es tu marcha,  
continua,  
galopando e hiriendo  
mi débil resistencia,  
mi vano intento de beber tu fuga.

Siquiera pueda mi aliento  
reposar su muerte  
en los últimos espacios de tu huella.  
Siquiera caiga mi mano  
sobre el aire y el dios de tu abandono.

\*\*\*\*\*

Y a devorarse en ausencia de bocados  
con tus manos,  
que allá cultivan desiertos de pereza,  
a devorarse van las mías...

La lejanía mide tu fantasmal hechura  
y entretanto mi cuerpo  
nido  
lanza  
un pájaro de fuego,  
que podría iluminar impávidas astrales,  
prendiendo a todo el orbe entre sus alas,  
hollando hasta a las madres del lucero.

*(De La negación más fértil)*

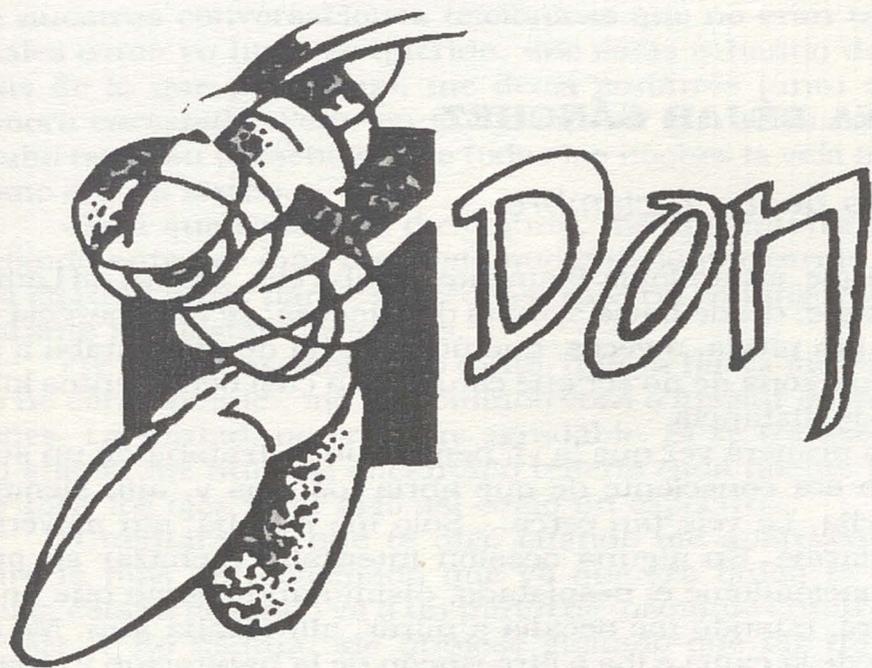
\*\*\*\*\*

### **Soledad:**

Adéntrate.  
Donde tú te adentras murmura el mar sus nacimientos.

Más adentro: senderos polvorientos, amarillos,  
y adéntrate.  
En el recodo ves la huella de su vuelo:  
frescura que el ala enciende,  
por la maldita memoria  
de la alondra que hubo.

*(De Anatomía del jardín)*



1.5AKUA 04.

*Lumpen Gallery*

## **SUSANA BÉJAR SÁNCHEZ**

### *Cuando llegue diciembre*

De pie, mirándome fijamente, estaba ella, Laura, mi Laura. Cada noche, desde hacía apenas dos meses, se me aparecía su imagen tan nítida, a veces, que no dudaría de que estaba a mi lado en persona de no ser que estuviera a casi ochocientos kilómetros de distancia.

La primera vez que la vi, pensé que se trataba de un sueño. Pero era consciente de que abría los ojos y, allí, siempre estaba ella. La veía tan cerca... Sólo me miraba, sin moverse, sin hablarme. En alguna ocasión intentaba rechazar su presencia haciéndome el despistado, disimulando como que no la veía. Pero, cuando me decidía a mirar, allí estaba aún. Me levantaba de la cama e iba a otro rincón de la habitación y, cuando volvía la vista hacia ella, se había girado hasta mi posición; no se movía del lugar, pero sí giraba para tenerme atrapado con su mirada. Así ocurría todas las noches hasta que, tras otro intento por darle a entender que ni me importaba ni asustaba, volvía a buscarla y ella ya me había abandonado. Desaparecía de manera tan extraña como aparecía, dejándome una sensación de haberlo imaginado todo y un sentimiento de culpa por no haberle dicho nada; al fin y al cabo, era Laura.

Y, así, llevaba ya dos meses. Esos dos malditos meses en que no podía compartir mi vida con ella. «Debes comprenderme», me dijo entonces. Claro que la comprendía; necesitaba ese viaje por sus estudios, su pasión como ella era la mía. Fue al cabo de una semana de su partida, cuando comenzó todo esto.

A Laura le conté lo que me sucedía poco después en una de nuestras conversaciones telefónicas que no eran tan habituales como yo hubiese querido. «Me estás echando de menos más de lo que pensabas», me decía entonces junto con una sonora carcajada. Pero, en el fondo, creí que tenía razón; deseaba tanto su presencia, que todas las noches la veía a mi lado como era mi sueño.

«Será que se acerca diciembre», me dijo en otra ocasión, dejando entrever más nostalgia que anhelo por verme. Porque era cierto. Laura, para esas fechas, volvería conmigo, al menos durante las fiestas navideñas.

«Te estás obsesionando tanto, que ya hasta me ves cuando no corresponde», me dijo cuando volví a insistir en esas imágenes. La verdad, no era muy agradable. Si se tratase sólo de un sueño, me hubiese encantado tenerlo cada noche, pero eso de abrir los ojos y ver algo así como un espectro...

«Cuéntame lo que te digo cuando me aparezco». Laura parecía más entusiasmada que yo que era quien lo sufría y quien estaba llegando ya a un punto de insomnio crónico. Nada, le dije. Y no mentía. Me hubiese gustado que me dijera algo como un «te quiero», aunque supiera que no era ella verdaderamente quien me lo decía. Eso sí, me sonreía, o, al menos, yo veía en su gesto una leve sonrisa. «Pues claro, cómo no voy a sonreír, si estoy contigo». Pero no era ella. Sin embargo, Laura disfrutaba pensando que, con ello, yo no me sentía tan solo sin saber que, al contrario, me sumía en la más profunda soledad.

Ella siempre era así, se lo tomaba todo en broma pese a notarme [lo tenía que notar], que yo casi comenzaba a desespe-

rame. Para ella, todo esto, resultaba gracioso, pero para mí, ya no tanto, si es que alguna vez lo fue. En realidad, estaba llegando a convertirse en una pesadilla en vida.

«Tranquilo, en Diciembre todo acabará», me dijo en una de nuestras últimas conversaciones. El tono en que pronunció estas palabras, llegó a asustarme. Su voz parecía haberse vuelto opaca, sin el sentimiento que mostraba otras veces y, mucho menos, sin aquella alegría en la forma en que se tomaba el tema. ¿Cómo estaba tan segura?. Tras ese mes, volvería a marcharse y nadie podía asegurar que aquella imagen no apareciera de nuevo, como recuerdo que ella dejaba cada vez que me abandonaba. «No te preocupes, que no aparecerá, se irá para siempre». Yo no estaba tan seguro, pero me reconfortaba el saber que ya sólo quedaba una semana para su regreso.

Durante esa semana, aquella imagen seguía visitándome cada noche desapareciendo en el momento más inesperado. Como siempre. Todo igual menos una cosa; aquella leve sonrisa que yo apenas podía distinguir, había desaparecido de su dulce rostro. De la misma manera, pese a que apenas gozaba de nitidez, al tiempo que se acercaba el regreso de Laura, aquella imagen parecía irse evaporando. Sin embargo, no le di mayor importancia. Y menos la noche anterior al día en que volvería a encontrarme con ella.

El tren llegaría a la estación a las cuatro menos veinte de la tarde. Y así ocurrió. Fue entonces cuando comencé a sentirme como un niño que va a recibir su premio tras hacer algo bien. Cada vez que bajaba alguien, sonreía para que viera que la recibía con total alegría, para que comprendiera que, desde hacía dos meses, no había podido sonreír de aquella forma.

Y llegué a sonreír a numerosos viajeros, pero ninguno de ellos era el objetivo ni el motivo de ello. Laura no aparecía o, al menos, yo no la veía. Llegaron a cerrarse las puertas de todos los vagones y pensé que, quizá, entre tanta gente no nos habíamos encontrado ninguno de los dos.

La busqué por toda la estación. Fui a Información para comprobar si alguien había preguntado por mí. Pero no fue así. No sabía qué hacer y pensé que a lo mejor ella, al no verme, directamente, y con el consiguiente enfado, se habría marchado hacia mi casa. Con ese pensamiento, yo también me dirigí a ella.

La puerta estaba cerrada tal y como yo la dejé al salir, así como las ventanas. Ya dentro pude comprobar que allí no había nadie ni había rastro de que hubiese estado. Bajé a preguntar al portero, y por él supe que nadie había venido a buscarme.

Sólo me quedaba por llamar a sus padres, con los que se había marchado, pues el nerviosismo se estaba haciendo dueño de mí. Llamé varias veces, pero no me cogían el teléfono. Al cuarto intento, fue su madre quien respondió. Pregunté por la hora en que Laura había cogido el tren dudando ya de si la había entendido bien. Al otro lado sólo recibí un largo silencio. Oí cómo alguien se acercaba deprisa hasta el teléfono y la voz de su padre. «¿Acaso se cree gracioso?», me contestó groseramente tras lo cual colgó. Volví a llamar y, de nuevo, me respondió él. Cuando supo quien era yo, se extrañó de mi llamada, más aún cuando volví a preguntar por la hora en que llegaría aquí Laura. «Por Dios, Luis. Te estuvimos llamando tanto que ya nos cansamos de que no respondieras. Ahora no sé cómo decírtelo, entonces sí. Hace dos meses ... Laura...».

Dos meses. Exactamente los mismos que había durado aquella aparición. Pero yo hablaba con ella, yo me escribía con ella y, lo que más me sorprendía, yo nunca oí el teléfono cuando sus padres me llamaban.

Hacia dos meses. Hoy era Navidad y nos tendríamos que haber visto tras un año separados. Ella había querido mantener mi ilusión por verla de aquella forma, comunicándose conmigo. Aquella noche del 25 de Diciembre, fue la última vez que la vi. Y la primera vez que me habló; «¿Ves cómo nunca te dejé solo?».



J. GARCÍA / 04

---

## ISRAEL FERNÁNDEZ VILLAJOS

### I

Yo no soy poeta.  
Por ello no escribo hoy cosas como:  
*«Marchita la poesía que corrió por el difunto, en mitad de su delirio.»*  
Quise pretender lo que no pude ser;  
escribí mucho, es cierto,  
versos clavados en alas de mariposa como terciopelo,  
perenne refugio del solitario,  
luciérnagas humedecidas al rocío paulatino.

En la poesía encontré un tímido sosiego  
puente arco iris donde enloquecía  
donde la mañana escurría su abanico de colores,  
moliendo el crepúsculo adormecido.

Cuando escribía recordaba huérfanos cometas  
depositados en la cúpula celeste, donde yace la rutina del escritor  
que vuelve cada día a su nuevo nacimiento.

Recuerdos sentados en una mente rasgada de bruces  
en un toledano paraíso de céfiro con doble filo,  
era en milagrosos trozos de, ayer, un galán hoy y todavía.

Pero no soy poeta.  
No mientras no te vea,  
no mientras las infinitas calles mojen gotas de agua descalza,  
no mientras las pausadas gaviotas cuelguen en el fiero viento,  
no mientras no pueda tocarte todos los días de mi vida  
y saber que mi regalo vale más que todo eso.  
Esa silueta tuya desmadejada por mi maldito amor.

## II

Para que sepas de donde vengo  
haré una columna simbólica en el humo del limbo,  
señales cruzadas que acarician tu tez lechosa.

Te llamé desde el puerto del marinero con el ancla echada,  
en luna llena lloraron los ángeles sobre la cubierta de mi alma.

Tu rostro es pálido, más que este lucero de plata  
en una tela bruna y azul donde se pintan fracciones de acero  
blancas y luminosas como los destellantes humores de tus labios,  
brasas estivales que danzan y llamean ante mi cuello.

Eres una mujer hermosa  
amapola en la primavera...  
féminas curvaturas dorsales contorneadas ante el égida.  
No podría permitirme dejarte,  
no podría dejar de amar tu mirada esmeralda  
aunque te escapes al final del mundo, más allá del poniente.

Porque tu me diste la vida, dialéctica madre,  
y curaste mi descosido espíritu, errante e incrédulo,  
cicatrizando también un corazón  
atravesado por una bandada de lanzas cupeicas en oxidación  
y ensordecido por un campanario inmenso.

III

Todo lo llenas, todo.  
Hasta mi copa de hipocondrias donde beben mis atenazadas  
[lágrimas.

Solo poemas, no leo otra COSA,  
ni nada más escribo, ¿para qué?  
No creo en nada más, solo en ti y en tu amistad.

Viajan en huracanes y en olas de espuma,  
viajan en charquitos de destinos,  
bajo pseudónimos ilusos, nadando un fenómeno océano  
hasta caer entre la muchedumbre, entre gente solo acostum-  
[brada a su soledad.

Nadie ama, o yo sí,  
yo te amo aunque no lo creas, aunque tú no me ames.  
Cubres en conflicto mis palabras, como nieve  
mis antiguas súplicas diluidas en mosto,  
compañera de la angustia, escucha como repican y chasquean  
[las torres.

Sígueme porque yo te recojo  
como hace el jardinero con sus hojas caducas...  
no existías, solo subterráneos anhelos  
hoy sí y por ello te doy las gracias.  
Te agradezco todo, viendo como emerges desde la costa fría de  
[hielo,

donde fue a pique mi titánico bajel;  
rosa mía, te envuelve una luz letal y cegadora que ni tú conoces  
y cerezos silvestres que hoy cultivo;  
permíteme gritarle a ellos que te amo por un día  
que por un día soy más feliz que todo el Universo.

## JULIO CÉSAR PANTOJA TORRIJOS

*«La lengua del amor está en los ojos» J.P. Fletcher.*

Supongo que esta noche tus ojos  
están ocupados,  
ocupados en el universo que te apura  
con la última copa de espera  
con ese fulgor que me delata  
como el secuestrador  
de tu mirada  
pero a cara descubierta  
en las horas de este bar  
donde se acaba el combustible de un nuevo amor  
con tracción a las cuatro ruedas.  
Llueve en el asfalto azul  
de nuestra isla  
de Robinsones  
en un calendario sin viernes  
ni Venus, ni querubines con trompetas de jazz  
en el Apocalipsis de una última canción  
antes de cerrar de un portazo el corazón  
del fin de semana.  
Parece que Cupido es un camicace

que ha cogido la metralleta esta noche  
que se arma de valor  
para firmar una amnistía con tu armada  
indiferencia.

Me levanto para crear el mundo  
y ofrecerte una manzana que suene a fiesta  
y tu fortaleza se hace carne  
y tu vas y juegas con tus labios  
a posar un cigarrillo  
y me pides fuego,  
y el juego  
está servido.

Supongo que esta noche tus ojos  
están ocupados,  
ocupados en esa copa que te mantiene  
con la promesa de ser eternamente como eras.

«Yo soy literatura» **F.Kafka**

Este poema no es como los demás  
no es una declaración de amor  
que anida las sábanas  
en susurrados «te quiero»  
no es un viaje al París nocturno  
donde las estrellas son siempre diamantes  
que avergüenzan a la adversidad.  
Este poema no es un sin fin de promesas  
y la entrega en cuerpo y alma de la LUNA, no,  
no es un abrazo a los espectros de la lira  
ni habla de misterios, ni de ácidos enigmas  
esta poesía y de una vez por todas  
habla de los locos inmaculados: los poetas

y de la diosa a la que aúllan  
y de su hacha de guerra,  
y de los maltrechos corazones que supieron blanquear  
el esmoquin del suicidio, pagando un alto precio,  
someterse a ella, ELLA con mayúsculas, inmensamente ELLA.  
¿Qué es poesía, y tú me lo preguntas?  
Poesía es crear en un espacio vacío  
el alegato de las musas  
dar pasión donde sólo había metal  
como hoy, en este momento,  
hacer de lo humano lo divino  
del vicio una necesidad,  
vivir, sentir, sufrir, soñar  
garrapatear con los pasos del día a día  
nuestra onírica rutina, esto es poesía  
sucumbir a la tentación de desnudarse  
dejar al corazón en paños menores  
hacer un striptease improvisado con las palabras,  
como dijo un torturado escarabajo checo «yo soy literatura».  
Pero no todo es una arenga del espíritu por las elevadas empresas,  
también hay cristales rotos  
aquello que se aleja y se queda en el pero, y ya no es poesía  
como no lo es el niño que llora  
desvestido de amor, porque en sí  
no atrapa una sonrisa,  
no lo son los hombres que mueren  
pero sí los que sufren  
no lo es la tos del condenado ni el rolex de oro que atropella a un ángel  
en la esquina indiferencia  
no lo es la disputa ni la guerra, el insulto o la falacia  
pero sí la aurora, el nacimiento y la primavera,  
porque allí donde se da un verso se concibe el mundo.  
Y tú me lo preguntas mientras clavas en mí tu pupila azul  
poesía, inevitablemente, eres tú.

*Ars Amandi.*

Deja que al bajar las escaleras me acompañe  
por una alegre y bonita canción  
aunque sólo sea porque me creo poeta  
que me hable de letras sin parásitos de engaño  
sin que el amor sea una mascota  
que te abandona en los inviernos  
de casetas que se llenan de penumbra  
sin tinieblas de guadaña por la carcoma que  
el niño llama tempestad.  
Déjame añadir un nuevo condimento a la contienda  
de las sábanas  
que ponga una tilde, que acentúe mis versos  
en la rotunda entonación de nuestras bocas,  
que destripe en el sótano del corazón  
los aullidos palpitantes de tu vulva.  
Tu y yo sabemos que el artilugio del  
amor es sólo para caníbales desdentados y sexófilos  
empedernidos,  
sabemos que el amor es la unión concisa de nuestros continentes  
la dosis del ser amado reducido a un solo cuerpo  
cósmico, ensamblado en la perfecta armonía que arropa los tentáculos.  
Deja que al bajar las escaleras me acompañe  
por una alegre y bonita canción que me silbe las escenas  
del amor como interludio entre la potencia y el acto giratorio  
como ciclo copulado de nuestro paraíso,  
pues la entrega como excusa es el amor,  
un vals de pedazos entreabiertos, terrenal, mundano, que  
cocina la carne poco hecha, que sangre  
pero con una pizca de ternura.

**MAURO CANO RODRÍGUEZ***I*

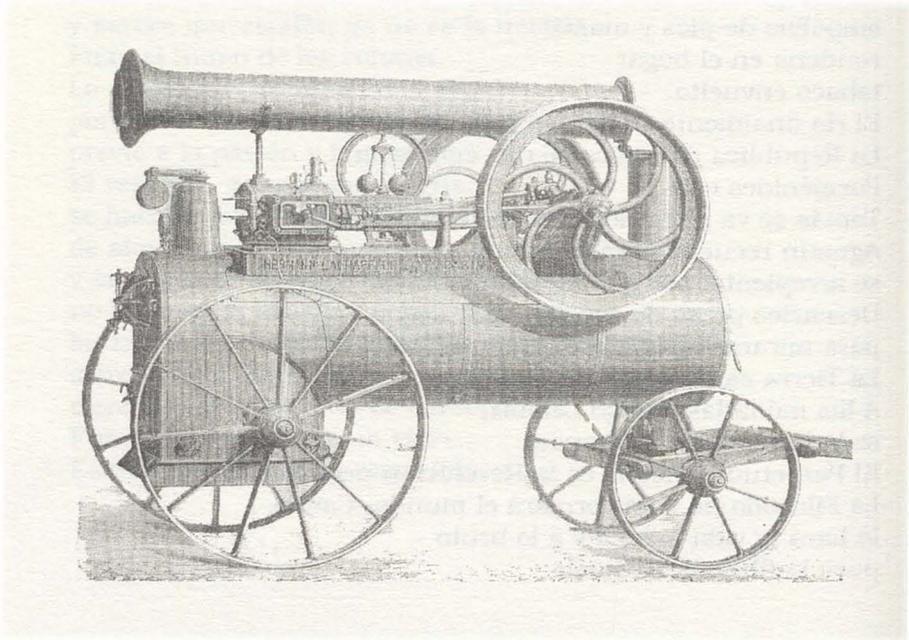
Me faltan pitillos para escribir  
y parece que escribir ya no es lo mismo.  
Falta el humo de las volutas.  
La ceniza no precipita en el papel  
para darle ese tono sacrificial  
previo a la pasión y la muerte.  
El respirar, acompasado y gris,  
se hace en un aire descargado  
de alquitrán  
y la nicotina, de entre las INAS campeona,  
no bulle en la sangre  
lanzando su alcaloide tremular a las dendritas,  
aferencia de alquitrán,  
eferentes de monóxido de carbono.  
Fumar sin escribir es un vicio.  
Escribir sin fumar es imposible.

*II*

Cae la lluvia muerta  
en silencio, deshidratada,  
ingrácida.  
Sopla el viento, como el martillo  
repele a la flor,  
como la flor quiebra el filo de la espada.  
Suda la tierra etéreos  
brotes de humo verde cansado  
por el esfuerzo en el resurgimiento  
de la arboleda.  
Frio en el fuego de freir,  
voluta ígnea de acero al blanco,  
ampollas de pies y mano,  
condena en el hogar  
tabaco envuelto  
El río finalmente se detuvo para Heráclito.  
La República platónica se rige en Poesía.  
Parménides es y no es.  
Tomás se va al grano como ida a la pitanza.  
Agustín recuerda con lujuria la manzana;  
se arrepiente, por qué no más.  
Descartes preso de espejos no le llegan  
para mirarse aunque se arranque los ojos.  
La Tierra es el centro del Universo.  
A las mónadas, amigo Leibniz,  
se le han abierto ventanas.  
El Perpetuum Mobile es la Revolución permanente.  
La Filosofía no transformará el mundo, Carlos,  
lo hará la vida misma y a lo bruto  
pues la filosofía no huele

y la vida apesta.  
Razón Pura, produce Pesadillas.  
La Ilustración apaga más luces de las que enciende.  
La Revolución es en Sangre lo que la Vida al Alma

Tras el último siglo cruel e idiota  
cuando todos los Muertos hablen,  
la lluvia sonará a trueno y mar,  
el viento arrasará las ciudades,  
de la tierra nacerán columnas como árboles,  
el fuego os atraparé los huevos,  
abrasará vuestro corazón  
y se calcinarán vuestros huesos recompuestos



## MARÍA AUXILIADORA LÓPEZ RODRÍGUEZ

### *El río...*

La corriente del río es caudalosa. Embiste con fuerza y nos arroja malheridos a la orilla. Después vienen tramos de aguas calmosas y el cauce se divide en otros cauces. Se extiende el río sobre la endurecida tierra y abarca espacios inusuales de imprevistas incursiones. Pero el macroscópico orden de las cosas nos devuelve al inicio y comenzamos, después de la náusea, el recorrido. Volvemos vorazmente. No queremos caer demasiado pronto de la tarima al suelo; sólo que a veces un burión torbellino nos sorprende y después de habernos volteado nos arroja indiferente en la hondonada del sueño más triste. Nos detenemos para reponer fuerzas.

El río continuará mas allá de las estaciones, en épocas de lluvia y de sequía, arrebatándole al tiempo la memoria y a la calandria el trino.

### *Sensación nocturna...*

El silencio rotundo parece esperar un desenlace fatal.  
Sólo el murmullo del viento golpea la Tierra.  
Los sonidos descansan sobre la luna aislada  
en un mundo de contrastes y de castigos...

¿?

Óyeme:

¿Qué fue de aquellas manos que se detuvieron junto al barro  
para aproximarle al fuego y darle forma y alimento?

¿Qué fue de aquellas manos  
que rozaron lo simple y cotidiano  
para aproximarle a la belleza?

¿Qué fue de aquellas manos?

Óyeme...Díme:

¿Qué fue?

*Aquí.*

Aquí, zarpazos brutales nos indisponen contra lo establecido y rodamos como zahoríes por los espacios infinitos de la Tierra: desiertos, valles, campos y llanuras, pueblos, ciudades, laberintos... Aquí, exhaustos, retenemos la esperanza, esperanza oscilante, esperanza sin plazo definido, esperanza que llena los sentidos pletóricos de fiesta y de letargo. Aquí, por si las moscas, enciendo un quinqué cuando regreso a casa : timorato, tiniebla, ponzoñoso, enemigo... Que la luz ilumine las paredes de sueños, parias de enormes territorios que todo lo improvisan.

Aquí, oscilando como péndulos extraños y extrañados.

Aquí, fugaces y presentes, con el peso de todo lo pasado y incierto porvenir, la duda, el riesgo no asumido... Aquí, tenderse y aflojarse recuperando el sentido de los acontecimientos, equilibrando el mundo propio que amenaza con desplomarse por encima de nuestras cabezas.

Aquí...

### *Riesgo.*

Como caballos desbocados que huyeran desde el origen de los tiempos, llegamos a estas altitudes. Caballos desbocados, perdidos en la inmensidad del valle. El vértigo me envuelve y me abandono en este espacio infinito, devastador por su silencio.

Temerosa de que el viento me lance al vacío, me abrazo a la roca y me detengo con ella en el paisaje. Luego, habrá que dejar atrás todo este engranaje de piedras, montañas, cielo, árboles y viento. Tendremos que bajar lo que hemos subido demasiado aprisa desafiando las leyes naturales.

Rumores, risas cercanas rompen el silencio convirtiendo en menos rotundas estas lejanías. Nos preparamos para la partida. Partimos ... ¡Adelante!

*(Sierra de Gredos. 8/8/02)*

## REYES SANTIAGO OSTOS

### *Sugestión*

Llevaba toda la noche observándola, contemplándola. Ahora sus ojos estaban fijos en los volantes de su falda que se movían al ritmo que marcaban sus caderas al son de la música que sonaba. La falda le llegaba justo hasta la rodilla. Sus piernas enfundadas en unas medias de seda negra transparente terminaban en unos pies revestidos por unas sandalias de tacón alto también negras. Recorrió su cuerpo con la vista. Sus pies estaban llenos de ritmo que transportaba a sus piernas, a sus muslos, a sus caderas, a su cintura, a su pecho, a sus brazos, y cómo no, a su cara. Su cara. ¡Dios! ¿Qué reflejaba su cara en ese momento? Estaba sintiendo la música. Tenía los ojos entornados. Los abrió y sus miradas se cruzaron. Le sonrió. Se acercó. Se puso a bailar con ella, como quien no quiere. La bebida permitía estas licencias. La rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí para que se acercara a él. La abrazaba. No, más bien sus manos acariciaban lentamente su espalda al son de la música. La llevaba hacia la puerta de la terraza. Sin soltarla la empujaba hacia la terraza. La sacó. Allí fuera, a solas, seguía sin soltarla. La música se oía atenuadamente. Seguía bailando. No, seguía acariciándola. Sus labios se acercaron al cuello de Sara.

Olía bien. (Cómo siempre). Hoy parece diferente. (Pues es igual). Su piel es suave. ¡Lógico! Estás besando el cuello de una chica). Es Sara. ¡Qué descubrimiento! Una mujer).

Sus labios buscaron los labios de Sara. La besaba. Sara no parecía muy sorprendida. Seguía besándola y acariciándola. Sara respondía.

¿Y ahora qué? (Nada. Sigue, no seas tonto, lo estás deseando y ella parece que también). ¿Y si me rechaza? (¿Y qué? ¿No está aquí ahora respondiendo a tus caricias? Sigue, no te pares. Ella tampoco lo hace).

No paró.

Conocía a Sara desde hacía varios años. ¿Cuántos? (¿Y eso qué más da ahora?). Hasta ahora no la había mirado como mujer, siempre como amiga. ¡Vaya rollo!. Es verdad. No la había visto como mujer. Vamos, para lo que estaba haciendo y lo que deseaba hacer. (¿Y qué?). Cuando la he visto llegar esta noche. ¡Estaba radiante con esta falda y esta blusa pegada a su pecho!

Sus manos se habían deslizado por debajo de la blusa. Ahora acariciaba directamente la piel de su espalda.

Y ahora, aquí, entre mis brazos... (Vale, no está mal). ¡Qué sabrás tú! (Como tú digas). Creo que ya va siendo hora de que te largues y me dejes a solas con Sara. (¿Por qué?). ¿No te parece evidente? De un momento a otro esto va a subir de tono y no estaría bien que tú lo veas. (¿Por qué no?). Quiero intimidad, lárgate ya de una maldita vez. (Vale, vale, no seas brusco. Pero ten cuidadito. No olvides que estás con una amiga). Lo sé. (Vale, te veo luego). ¡Piérdete!

Desapareció pero no se fue. Estaba bueno Esteban si creía que iba a dejarlo solo. Desde un rincón siguió observando la escena. La pareja ajena a este mirón continuaba con sus manitas. ¡Vaya expresión tonta! Esteban estaba avanzando en su acoso. ¿Acoso? Para nada. ¡Sara estaba encantada! Esteban había hecho un análisis minucioso de la anatomía de la mujer

con sus manos. Creo que no ha dejado ni un solo rincón del cuerpo de Sara sin acariciar y ahora intentaba desabrochar la blusa de su amiga. Las manos de Sara se lo impedían. Aquí no. Le decían los labios de Sara en su oído. Vamos a otro sitio. Se separó de él. Lo cogía por la mano y lo arrastraba detrás de ella. Sara lo dirigía hacia una de las habitaciones de la parte alta de la casa.

(¡Cuidado! Es tu amiga). ¿Y qué? ¿Qué tiene que ver que sea mi amiga? Solo quiero lo que estoy haciendo ahora. (¿Qué pasará después?). Piensa en el después luego. Ahora lo que los dos queremos es esto. (¿Seguro?. ¿Y si Sara quiere algo más?). Ya salió la mente machista del gallito. (¿No lo crees posible?). No pienso nada. Sólo sé que ahora lo único que quiero es disfrutar un rato en la cama con Sara. (¡Y era yo el gallito! ¡Eso sí que es machista!). Está bien, tal vez me he pasado. No sé si Sara querrá algo más, pero de eso ya me preocuparé mañana. Además, ¿por qué no puede Sara querer lo mismo que yo? (¿Qué?). Una noche loca.

Llegaban. Seguían besándose.

(Ten cuidado. Mira que es una amiga). Ya lo sé. Pero ahora esto es lo que queremos los dos.

Estaban dentro de la habitación. Esteban cerraba la puerta. Desabrochaba la camisa de Sara.

(Pero...). Mañana pensaré en ese pero. Y ahora si no te importa dejarnos a solas. (¿Me echas?). ¿Tú que crees? (Está bien me voy).

Volvió a desaparecer pero tampoco esta vez se fue, se quedó allí, en un rincón viendo cómo Esteban desnudaba a Sara y él se quitaba también la ropa con la ayuda de Sara. Desde luego Sara parece que está igual de deseosa que Esteban. Lo que vino a continuación...

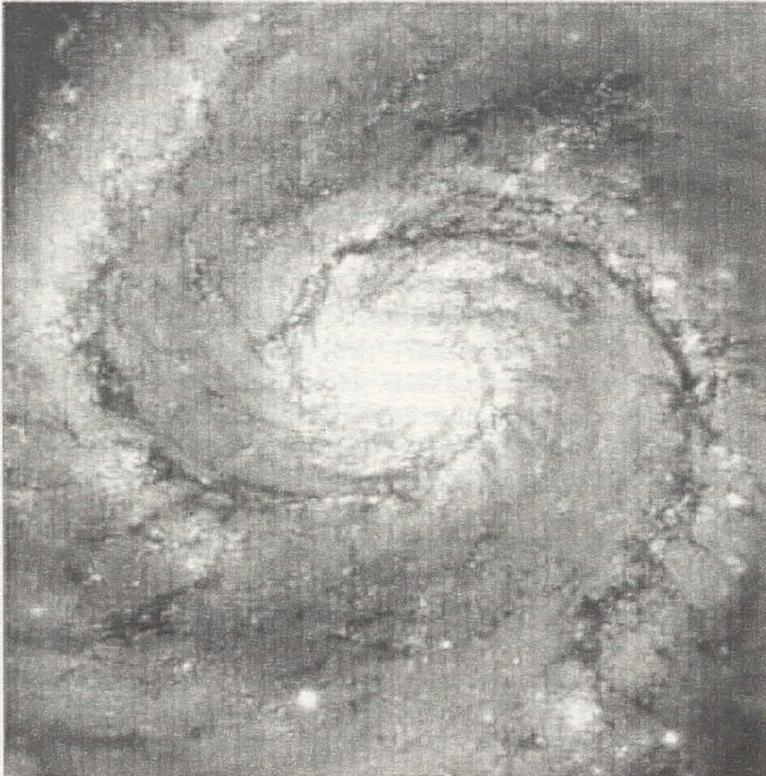
Esteban estaba tendido en la cama boca arriba, sus ojos fijos en el techo. ¿Su expresión? No sabría decir qué es lo que

reflejaba su cara. Sara se estaba vistiendo. Sentada en la cama se abrochaba las sandalias. Se levantó. Se ajustó la falda a sus caderas. Se volvió a mirar a Esteban. Colocó una de sus rodillas sobre la cama. Acercó su cara a la de Esteban. Sus labios se acercaron a su oído. Cariño. Esto ha sido un sueño producto de tu borrachera. Si cuentas algo de esto lo negaré y quedarás como un bobo. ¿Cuántas veces te hemos dicho que no bebas tanto? ¿Borracho? Esteban se quejó. No estoy borracho. Se incorporó en la cama. Sara estaba ya en la puerta. se volvió a mirarlo. Yo creo que lo estás. Fijate lo que acabas de soñar. Le tiró un beso desde la puerta. Salía sin esperar respuesta. La puerta se cerró detrás de la espalda de Sara.

Esteban estaba totalmente confuso. ¿Sueño? ¿Borracho? (Claro que no estás borracho, tampoco ha sido un sueño). ¿Entonces? (Entonces, que no tendrás que preocuparte mañana por si Sara quería algo más. Acaba de demostrarte que sólo quería lo que tú, sexo). ¿Lo has visto? (Sí). Te dije que te largaras. (Lo sé, pero ha sido más fuerte que yo). Anda que se puede confiar en ti. (Siempre lo has hecho). Claro, porque te lo cuento todo. Normalmente no te quedas a mirar como me enrolló con una chica. (¿Te da vergüenza?). ¡No! (Pues eso es lo que parece. Que te da vergüenza que te vea). ¡Hombre! ¿Y a ti no te la daría? Me siento vigilado. (¡Eh! Que soy yo, tu mejor amigo y confidente. Sé todos tus secretos). Los conoces porque te los cuento. Pero eso no te da derecho a espiarme. Sabes perfectamente que también te hubiese contado esto. (Está bien. Te pido disculpas). ¿Y si se llega a enterar Sara? ¿Qué crees que pensaría? (Qué estás loco). ¿Cómo?

Esteban estaba ya vestido y se disponía a salir de la habitación. Sería mejor volver a la fiesta. Más bien irse a su casa porque la fiesta debe haber terminado ya hace bastante rato pues eran las siete y cuarto de la mañana. Se volvió a su amigo. Vio la cara sarcástica que tenía. ¿Qué dices? (Que te tomaría

por loco si se entera que he estado de mirón). No te entiendo. (¡Vamos!. ¡Qué pareces tonto!) La cara de Esteban reflejaba estupor. (¿De verdad no sabes por qué creería que estás loco?). Pues no. (Me sorprendes cada día más. Chico. Pues porque estás hablando con un fantasma). Esteban casi se desmaya. (Parece mentira que aún no te hagas a la idea, pero sí. Estás hablando con un fantasma porque llevo cinco años muerto).



## **LOLA LÓPEZ DÍAZ**

### *Sueño eterno*

Me duele la tripa. Las medias. Me aprietan. Llevan toda la tarde apretándome. Demasiadas croquetas. Y que soy imbecil. Tareas y más tareas. Obligaciones. Hoy que tienes reunión, faldita de teresianay medias ad hoc. En vez de ponerme unas cómodas. Estas me aprietan y me machacan. Y tengo calor y estoy incómoda. Preferiría estar desnuda, sin aguantar la ropa. También preferiría no tener que aguantar este petardo. Irme a casa. Y no hacer nada. Nada de nada de nada. Dormir eternamente. El sueño eterno. Humphrey y Lauren. Maravillosos. La gabardina y la melena como nadie. ¿Donde estás? No sé. Divago. Por la superficie. La superficie. Un engaño. Como todo. Todo engaño, engaño, engañaifa de la engañifería, componenda, como si. Howard Hawks, no. No engañaba. Y don Miguel tampoco. Don Miguel tampoco engañaba. En una plaza de Cáceres de cuyo nombre no logro acordarme. Buenísimo ¡ojalá fuera mío! Pero no. No es mío. Es de un alumno. De un alumno que ni tan siquiera es un buen alumno. Pero ha tenido esa iluminación. Gloriosa. Iluminación gloriosa. Yo no. No me ilumino. No suelo. Demasiados muros. Muuros y más muuuros. No es fácil pene-

trar si yo no quiero. Y no quiero, ja, ja, no quiero, no quiero. ¿Por qué? Porque no me da la gana. ¡Qué maleducada! Ya, ya lo sé, pero no tiene remedio. ¿Dónde estoy? En una plaza de Cáceres. Preferiría ir a Cáceres que ir mañana a clase. No quiero dar clase. Caras y más caras. Lo de la tripa va en serio. Las croquetas ni mentarlas. Y los pies. También me duelen los pies. Por culpa de las medias. Qué padecimiento. Que todo sea como esto, que diría aquél. Lugar común. Consolador. Y ventana. Ventanal. Y pecera en el aparador. Llegamos. Mejor vamos a otra parte. Mejor vámonos. Ninguna puerta. Cierra las puertas. Me conformaría con quitarme las medias. Y nada más. La armadura no. No el antifaz. No la máscara de hierro. Aventura de Lalita. Esa puerta tampoco. Domingo por la tarde. La niña en la ventana. Cuidado. Domingo por la tarde. No seas pesada. Domingo por la noche. La niña dibujando. Vete de ahí. Domingo por la noche. La niña en la cocina. ¡Y dale! Dibuja que te dibujarás. Del verbo dibujar. Primera conjugación. Infinitivo en ar. El paradigma. Te lo sabías de maravilla, tuviste matrícula de honor. El verbo controlar también. Controlo, controlas, controlare, controlavi, controlatum. Controlatum sum. Para que veas. Y si te pones tonta empiezo con la conjugación perifrástica. Que puede dar mucho de sí, Mucha cera, sobre todo. Cera por la superficie. Para patinar. Taa - ra - ra - ra - ra - ra - ta - ra - ra - ra - ta - ra - ra - raa. Barcarola de los Cuentos de Hoffman. A bailar se ha dicho. No guapita, no. De bailar nada. No te hagas ilusiones, que no te voy a dejar bailar ante el armario de espejos. ¿De espejos que se bifurcan? Oye, muy bueno. Casi tan bueno como el lugar de Cáceres. Pequeño gran hallazgo. Pequeño gran nombre. La bifurcación. Del verbo bifurcar. Yo me bifurco. Tú te bifurcas. La niña se bifurca. Y la madre hace croquetas. Eternamente croquetas. Como tantas noches. No.

Como tantas noches no.

Porque aquella noche la madre habla sola.

En voz alta.

Aquella coche, la madre deja a cada rato su tarea y se pone a hablar en voz alta. Y siempre dice lo mismo: mira Joaquín, tengo que hablar contigo. Y luego sigue y sigue mascullando cosas que la niña no entiende. Hasta que se atasca y vuelve a las croquetas. Hace unas cuantas, se queda mirando al vacío y empieza otra vez con el mira Joaquín. Mira Joaquín, bla, bla, bla, bla, bla, bla y bla, bla bla. A la niña, al principio, la cosa le hace gracia. Le parece una especie de juego. Luego se asusta y está a punto de echarse a llorar. Pero no llora. La niña no llora. Porque se da cuenta de que si llora la madre se fijará en ella. Y la mandara a su cuarto o algo por el estilo. Y la niña quiere saber en qué para aquel o. Así que mete la cabeza entre los papeles y se hace invisible. Tan invisible que cuando llega el padre, puede presenciar la escena completa. Puede escuchar cómo la madre le dice que quiere a otro hombre. Mordiéndose los labios. Cerrando muy fuerte los ojos. Puede escuchar cómo la madre dice que va a irse con otro hombre. Tapándose la cara con las manos. Encogiéndose mucho. Pero no la ven. No reparan en ella. No se acuerdan de ella. Hasta el final. Al final sí. La ven. Y se sientan con ella en la mesa.

Y todo por tu culpa.

Y por culpa del pez.

Porque la niña tiene un pez.

Rojó. Muy bonito.

Se lo ha comprado el padre. El pez por aquí, el pez por allá. Entusiasmada con el pez. Hasta que llega agosto. Y se olvidan de él. Con las prisas y la emoción del viaje se olvidan del pez. Se olvidan de pasarlo a casa de doña Adela. Por completo. Se olvidan de él por completo. Los tres. Como si no existiera. Hasta Despeñaperros. En Despeñaperros la niña se da cuenta y sobreviene el drama: ¿cómo va a vivir el pez sin que le cambien el

agua y le den de comer? Llorando hasta Fuengirola. Y una vez en Fuengirola, no hay manera de que se le olvide el maldito bicho. Con lo ilusionados que estaban con el veraneo. No hay manera. Así que el padre convence a la madre de que le deje volver a Madrid a solucionar el problema. Y vuelta a coger el coche. Y la niña con él. Como una lapa. Por esas carreteras de Dios. Y cuando llegan, el pez está tan fresco pero la niña tiene treinta y nueve de fiebre. Un golpe de calor, dice el médico. Más de una semana enferma. Y el padre preocupado porque ella está sola en el apartamento. Y cuando vuelven la encuentra rara. Como si...

Como si no le hiciera ilusión volverlos a ver.

Pero la niña apenas se da cuenta.

Bastante tiene con disfrutar del mar.

Todo el invierno soñando con el mar. Con ver el mar. El padre se lo ha prometido. Y el día de la Primera Comuni3n van al Retiro a montar en barca. Para aprender. El padre, la madre y la niña. Como si estuvieran en el mar. Y a la niña, con los nervios, se le cae el misalito de nácar al agua. Y el rosario. Y se queda petrificada como muerta. Una catástrofe. El padre se tira al estanque pero es inútil. Seguro que se los han comido los peces, dice. Así es el mar. Y al día siguiente se presenta en casa con un pez rojo, muy bonita. Jonás. El que se había comido el misalito de nácar. El del rosario ha sido imposible encontrarlo, dice, se ha esfumado, como por arte de magia.

Fue el último invierno y la última primavera y el último verano y el último otoño.

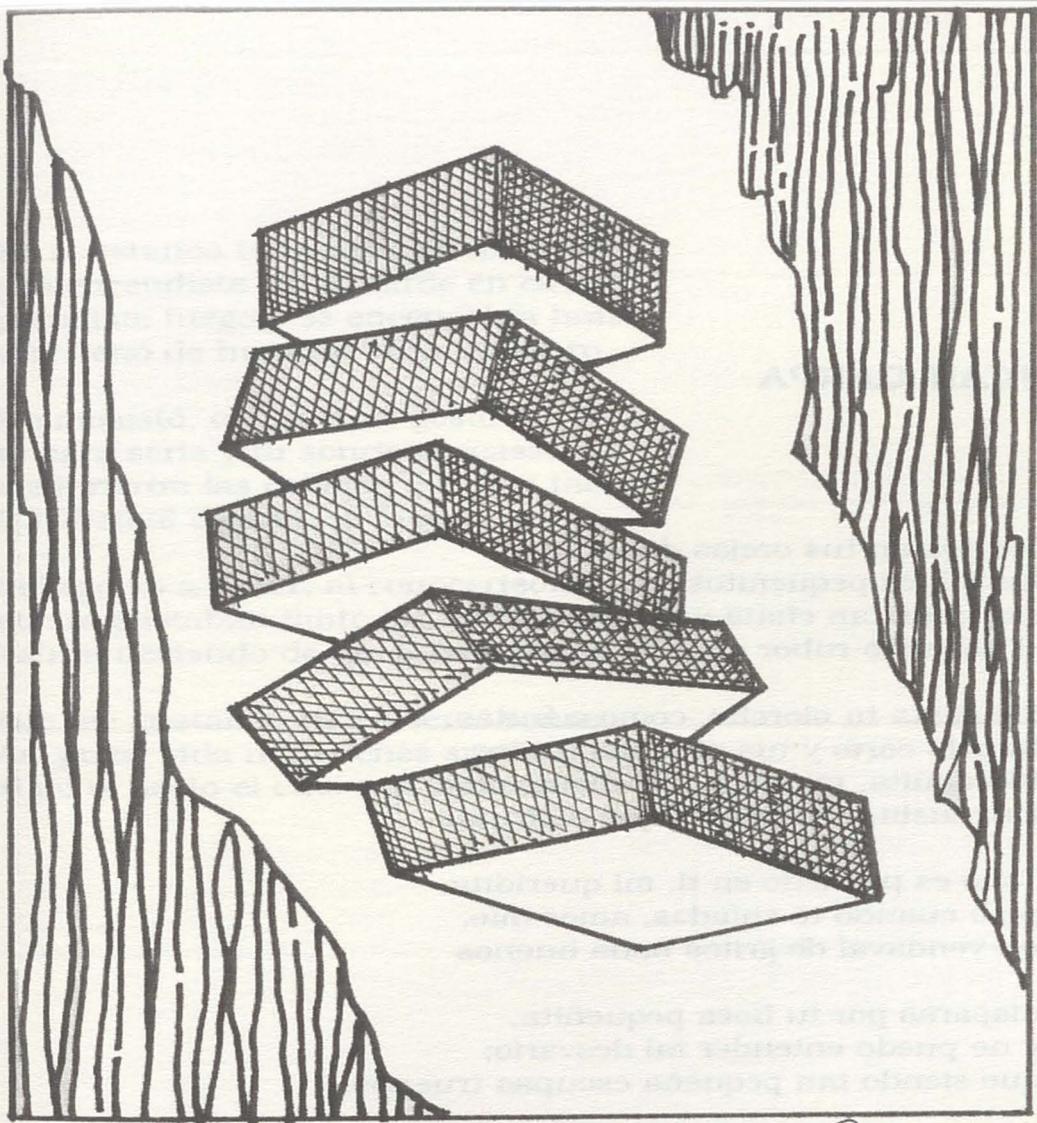
Todo lo demás, pesadilla.

Sueño eterno.

Humphrey y Lauren.

Maravillosos.

Para siempre.



I. GARCIA . 98

## **JUAN CARPA**

Me gustan tus orejas diminutas,  
tus labios pequeñitos, tus ojitos,  
esa nariz tan chata y tus pechitos,  
el pequeño rubor cuando te inmutas.

Me gusta tu olorcito, como a frutas,  
tu pelo corto y tus pies chiquititos,  
tu boquita, mi amor, tus dientecitos,  
los muslitos turgentes que disfrutas.

Todo es pequeño en ti, mi queridita,  
pero cuando te enfadas, amor mío,  
un vendaval de gritos nada buenos

disparas por tu boca pequeña,  
y no puedo entender tal desvarío;  
que siendo tan pequeña escupas truenos.

En el estanco te compraste un puro  
y lo encendiste por la tarde en casa:  
prendiste fuego y se encendió la brasa,  
y se llenó de humo el cuarto oscuro.

Me molestó, confieso, el gesto duro,  
tu cara seria y tu sonrisa escasa;  
me hirieron las caladas que, sin tasa,  
le dabas al cigarro, te lo juro.

Si llego yo a saber, al conocerte,  
que te gustaban tanto los habanos,  
habría desistido de quererte,

que me gustan a mí los seres sanos.  
Así pues, vida mía, tienes suerte  
si no te azoto el culo con las manos.

## REYES SANTIAGO OSTOS

Mirarme en tus ojos.  
Beber en tus labios.  
Alimentar mi pasión  
con tu pasión.  
¿Qué más puedo desear?  
- Que te quiera -

«Déjame que te cuente»  
¿Has visto las sombras de la noche?  
Mira cómo brilla la luna.  
¿Ves el fulgor de las estrellas?  
Escucha el murmullo del río.  
¿Has sentido el rocío bajo tus pies?  
Observa el rojo de las amapolas.  
¿Oyes el zumbido de las abejas?  
-Sí, pero no te amo-

¿Sientes mi pasión?

-Sí-

¿Sientes mi ansiedad?

-Sí-

¿Sientes mi desesperación?

-Sí-

¿Sientes mi llamada?

-Sí-

¿Entonces?

Quédate conmigo.

No me pidas que comparta tu pasión.

No me pidas que te anime.

No me pidas que te dé ilusión.

No me pidas que te ame.

No me pidas que me quede.

Sólo:

Déjame ser tu amiga.

No quiero tu compasión.

-No es compasión-

¿Qué es si no?

Otra clase de amor.

## JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO

### ¿A QUÉ SABEN LOS BESOS DE VIRGINIA?

*«...saber que era una cosa posible besar  
las mejillas de Albertina era un placer acaso  
mayor aún que el de besarlas.»*

**(Marcel Proust, El mundo de Guermantes,  
En busca del tiempo perdido, 3)**

A fresa. «Los suspiros se escapan de su boca de fresa». Lo dice muy claro Rubén Darío. Por eso al lado de Virginia siempre hay un aroma a fresas, de sus suspiros, sin duda; un aroma que paraliza los sentidos, tan fuerte que parece que falta el aire. Al menos eso quiero creer, porque han sido pocas las veces que me he podido emborrachar con ese perfume frutal, rojo intenso, dulce y ácido a la vez, con un regusto final de hierbas frescas. En realidad, Virginia siempre ha sido distante, inalcanzable, tan lejana como el horizonte, que nunca se llega a él. Hay una percepción de ausencia irrellenable en torno a Virginia, como si fuera imposible su presencia, como si no hubiera forma de tenerla cerca. Así fue aquella vez, entre las sombras densas del atardecer bajo los castaños de Indias del Retiro, el día incomprensible y magnífico en que vi, a lo lejos, la silueta

femenina que la nombraba a voces y que me reclamaba insistente. Supe que mi destino era ir tras ella, alcanzarla, rozar suavemente su brazo para que se volviera, hablarle, aspirar avariciosamente el aroma de fresas que la definía. Y fui tras ella inquieto, temiendo que en cualquier momento se me perdiera por una de las calles secretas que los setos abrían inesperadamente por todas partes, hasta que sucedió lo que tanto temía y Virginia torció por una vereda en sombras que la ocultó a mis ojos; yo corrí para llegar a ella y, cuando estuve frente al camino, solo pude ver el movimiento de las ramas de los árboles proyectado en sombras inquietas por las farolas. En mi soledad de entonces quedó flotando el olor de las fresas (¿o era vainilla?) como testigo de la presencia fugaz de Virginia.

Por eso empecé a imaginar que sus besos serían dulces, con sabor a fresa, a vainilla o a canela, y un poco a secreto, si es que lo secreto se puede clasificar como un sabor. Y también a lejanía: es inalcanzable la gama del gusto cuando se mezcla con la vida irreal. Virginia a veces me parecía irreal, y si no fuera porque la había visto y había oído contar cosas de ella, hubiera creído que no existía, como tampoco existieron Dulcinea ni Ofelia, o, al menos, eso dicen. Yo no sé si me atrevería a afirmarlo con rotundidad.

La primera vez que oí hablar de Virginia fue en la biblioteca de la facultad, mientras intentaba sin éxito estudiar un examen de literatura medieval. Fue una casualidad, ya que en la mesa de al lado, dos chicas no paraban de contarse su intensa actividad social del fin de semana, y yo, en lugar de mandarles callar o de cambiarme de pupitre, decidí prestar atención a su charla, tal vez porque me resultaba más atractiva que la prosa sermonaria del siglo XV, a pesar de que era bastante vacía y se veía salpicada por numerosas referencias a un tal Diego que, a todas luces, las tenía a las dos encandiladas. Hablaban bajo, como si quisieran mantener el respeto debido al lugar, pero no

evitaban las risitas nerviosas, en medio del resbalar sibilante de las eses, que a veces daba a su conversación una tonalidad religiosa, como de rezo. De pronto, el nombre de Virginia brotó claro de los labios de una de ellas y se produjo un silencio que me intrigó, a pesar de su brevedad de décimas. Intuí que había algo en ella que no acababa de gustarle a ninguna de mis dos vecinas de la biblioteca, y pronto confirmé mi intuición cuando éstas relacionaron a Virginia con la actitud distante y estúpida (y repito sus palabras) del ya citado Diego. Hablaron de que la fiesta (una de las que habían disfrutado en ese fin de semana que, en su relato, parecía eterno) perdió todo su interés cuando apareció doña Elegancia (según la narradora) y Diego, sin disimular en lo más mínimo, la dejó con la palabra en la boca y se fue con la recién llegada, que le reclamaba con gestos incomprensibles. La chica que escuchaba el relato no sabía qué habría visto el llamado Diego en esa muñequita perfumada (así la definió), para que siempre que ella entraba en escena, él perdiera el culo (de nuevo sus palabras) para ponerse a su lado y transformarse en un baboso insoportable (también dijo esto último).

A mí me sedujo fuertemente esa Virginia que convertía en un pelele a Diego, a pesar de que éste, a todas luces, tenía tras de sí a toda una corte femenina que se debilitaba en su presencia y que rabiaba cuando él, a su vez, se debilitaba ante la misteriosa Virginia. Percibí entonces que era posible el llamado enamoramiento de oídas, tan presente en los libros de caballerías y en otras novelas de los Siglos de Oro, y lo supe porque en ese momento yo me había enamorado de oídas, como suena, tan irreal como real, tan libresco como cotidiano.

Comenzó entonces un tiempo de búsqueda y espera, con la intranquilidad que produce el deseo de conseguir algo muy anhelado y distante. Necesitaba ver a Virginia, experimentar con mis sentidos su existencia, más allá de la desazón que de

jaron en mí las palabras de aquellas dos chicas de la biblioteca. Pensé que ellas serían mis guías y me dispuse a seguirlas. Así fue como descubrí que Virginia no estudiaba en mi facultad, al contrario que sus dos oponentes y el propio Diego, a quien conocí al día siguiente de la conversación de aquéllas, cuando lo vi salir de la cafetería acompañado por las dos, una a cada lado. No me hizo falta oír su nombre para saber que era él, aunque mis informantes anónimas lo pronunciaron al cruzarse conmigo, para que no me quedara ninguna duda. El rostro de Diego me resultaba familiar, de coincidir con él en alguna clase de comunes o en la cafetería: era el típico enterado que parece dominar toda la literatura pero que, en realidad, no ha leído más que tres o cuatro libros de autores muy modernos, cuyos nombres desconocidos (y a menudo impronunciables) le daban un tinte de gran lector que está a la última. Esa especie, que al principio me imponía y me hacía sentir inferior, terminó por darme lástima.

Virginia se hizo tangible una tarde de mayo, cuando el curso ya estaba acabando. Me llevaron a ella las dos de la biblioteca (Ana y Bárbara, según las oí llamarse), que habían quedado por la mañana para encontrarse en un bar de Argüelles. Yo decidí pasarme por allí, con la esperanza de que apareciera mi amada desconocida, lo cual sucedió poco después de la llegada de Diego, que, al pasar a mi lado, me saludó con un cierto tono displicente, como si le fastidiara que estuviera apoyado en la barra tomando una cerveza. Me extrañó que me reconociera, ya que siempre creí que desde su altura los estudiantes vulgares no existíamos, pero, tras un primer momento de desagrado, consideré que era bueno contar con ese saludo, pues era posible que Diego me fuera útil en algún momento, aunque no sabía bien cómo ni cuándo ni por qué.

Supe que entraba Virginia en el bar por las caras de Ana y Bárbara, que se transformaron de repente y que hicieron que

Diego, que estaba de espaldas, se volviera a mirar quién llegaba. Yo también me volví. Virginia era unos ojos oscuros, grandes, y unos labios jugosos que atraparon mi mirada. Al pasar a mi lado, un perfume dulce la definió y, cuando su voz saludó a sus amigos, llevó tras de sí un eco que pronunciaba su nombre y lo hacía real, tangible y a la vez inalcanzable, a pesar de la cercanía física. Yo me conformaba entonces con mirarla desde mi sitio, disimuladamente, haciendo como que pensaba en mis cosas, sin prestar la más mínima atención a lo que hablaban ni al disgusto de Ana y Bárbara. Los labios de Virginia eran la clave auténtica de la armonía que dibujaba su figura, y el solo pensamiento de poder besarlos era capaz de transportarme más allá de lo racional. En ese momento, de manera súbita, nació en mí la obsesión por el sabor de aquellos labios, de los besos que pudieran dar. Se me antojaba que besar a Virginia sería como degustar una fruta fresca y sabrosa, quizás también por la armonía de líneas suaves que componía su cuerpo y que atrapaba mi mirada furtiva inevitablemente, haciéndome sentir que toda ella era ese almíbar que proclamaban sus labios.

Desde ese día en el bar de Argüelles Virginia se convirtió en una fijación más allá de lo carnal. Su fugaz presencia invocaba a los sentidos y proclamaba la necesidad de buscarla, de amarla, de besar aquellos labios cuyo sabor secreto me estaba prohibido. Sin embargo, no era fácil verla; su mundo y sus gentes no eran los míos, y el único contacto que me podía acercar a ella lo constituían Ana, Bárbara y Diego, o lo que es lo mismo, nadie, pues en realidad solo los conocía de vista y ni siquiera era capaz de distinguir cuál de las chicas era Ana y cuál Bárbara. Como único recurso para subsistir, me dediqué durante un tiempo a pasar por el bar en el que la había visto, y allí, sentado en una banqueta junto a la barra, la cabeza se me llenaba de sensaciones, de olores y sabores que sin duda definían a la ausente Virginia que yo había idealizado, pero nunca tuve la

suerte de verla entrar de nuevo en el bar, con sus labios de vainilla, de fresa, de canela, de manzana... ¿A qué sabrían los labios de Virginia? La pregunta me perseguía a todas partes, como una música pegadiza que queremos evitar y no podemos, con el eco del silencio y la punzada insistente de lo que se desea y no se alcanza.

Antes del encuentro fugaz del Retiro, volví a oír hablar de Virginia dos o tres veces más, siempre a mis dos informadoras involuntarias, con las que procuraba hacerme el encontradizo, ya fuera en la cafetería de la facultad, en la biblioteca o en el metro. Su conversación era casi siempre trivial y vacía, pero se llenaba de sentido cuando pronunciaban el nombre de Virginia, aunque fuera para hablar mal de ella o para manifestar esa especie de celos que tanto Ana como Bárbara sentían. Éste era todo mi alimento, ya que por más que iba al bar de Argüelles nunca volví a ver a Virginia hasta el día del Retiro, y en este momento ni siquiera soy capaz de afirmar con rotundidad que la sombra que perdí en el parque fuera realmente ella.

Cuando menos lo esperaba ocurrió algo extraño. Fue una de esas tardes lánguidas en el bar, en medio de la ausencia escandalosa de Virginia. Mientras bebía pausadamente una cerveza bien fría, vi entrar en el local a Diego, acompañado por otros dos cuyas caras también me eran familiares, de las clases de comunes. Al verme, Diego se acercó sonriente y me saludó como si fuéramos auténticos amigos; después, tras intercambiar dos o tres frases de compromiso, él y sus acompañantes se sentaron junto a una mesa y pidieron unas cañas. Hablaban animadamente y yo intentaba explicarme el porqué del descenso de Diego desde su cumbre al suelo que yo pisaba. Entonces, para hacer más raro lo que ya era raro, Diego se volvió hacia mí y me hizo un gesto para que me acercara a su mesa. Yo acudí, hipnotizado, sin entender nada y con la mente confusa. Diego me habló de una fiesta que iban a organizar él y sus amigos

(todos de la facultad, precisó), y me dijo que estaba invitado, que me había visto varias veces solo y que le fastidiaba verme así. Sentí que su ofrecimiento tenía algo de burla, como si su superioridad le permitiera ese paternalismo con el solitario patético que yo debía de parecerle. Sin embargo le dije que iría a la fiesta, tal vez porque me sentía inerme o porque intuía, muy en el fondo, que Virginia podía estar entre las invitadas.

El día de la fiesta me levanté de la cama decidido a no asistir: me parecía humillante aceptar sin discutirlo siquiera el ofrecimiento de Diego, que cada vez me resultaba más irónico y más meditado para hacerme sentir ridículo. Durante toda la mañana me mantuve firme en mi decisión última, pero tras la comida empecé a ver las cosas de otra forma: la curiosidad sobre la fiesta (nunca había ido a ninguna desde que llegué a la facultad) y la certeza de que en ella estaría Virginia me empujaban a ir. No lo pensé más. Cuando entré en el local me llamó la atención la cantidad de gente que había, la mayoría, como dijo Diego, estudiantes de la facultad. La música estaba muy alta, y todos, con un vaso en la mano, se movían a su compás. Miré con detenimiento las caras de las chicas en busca de Virginia, y en mi recorrido visual topé con Ana o Bárbara, una de las dos: a su lado, un tanto difuminados por la escasa luz, los labios de Virginia, con su sabor secreto e indefinible. Busqué con precipitación a Diego y no tardé en encontrarle, sonriente como la última vez, en el bar de Argüelles. Fui hacia él al mismo tiempo que él venía hacia mí para alegrarse de que me hubiera decidido a ir a la fiesta. Extrañamente sus palabras me parecieron sinceras esta vez, por lo que aumentaron mis fuerzas para pedirle que me presentara a sus amigas, según le dije al tiempo que señalaba hacia Virginia y Ana o Bárbara. Mientras le seguía hasta donde ellas estaban iba pensando que aprovecharía la ocasión para besar los labios que tanto me atraían, como accidentalmente, al darle los besos de rigor tras la presenta-

ción: era el momento propicio, y no era difícil achacar la osadía a la torpeza y pedir luego disculpas, tras haber saboreado, aunque fuera fugazmente, la dulce carnalidad de esa boca incitante. Tan abstraído estaba con mis pensamientos y con la perspectiva del beso que apenas si me enteré de que estábamos siendo presentados. ¿A qué saben los besos de Virginia?, me insistía la voz de mi interior. Besé las mejillas de la sonriente Ana (¿o era Bárbara?) y luego, llegado el gran momento, me dispuse a disfrutar del beso robado a Virginia, que también me sonreía, encantadora, radiante, dulcísima como la miel intuida de su boca. Diego pronunció su nombre y el mío, y entonces yo dirigí mis labios a los de ella, con la alegría de saber, por fin, cuál era ese sabor inquietante y oculto en el misterio de su forma, repartido por todo el cuerpo perfecto de Virginia. En el último momento, cuando estaba a punto de besar su boca, desvié mis labios y los puse sobre sus mejillas, convencionalmente. No quería perder para siempre la inquietud y la incertidumbre, el placer absoluto de desear con intensidad lo que es difícil conseguir: el beso hubiera roto el encanto de su misterio, que quedaba ahora intacto, revoloteando en la pregunta que me incitaba con cada una de sus palabras: ¿a qué saben los besos de Virginia?

## JOAQUÍN COPEIRO

*11 de marzo*

Y allí, Dios, escondido tras tus nubes,  
agarraste el listado de Madrid,  
un gran rotulador de tinta roja  
y un puñado de locos por tus cosas,  
y luego, prepotente, decidiste.  
tachando aquí o allá, tú, caprichoso,  
entre bombas y hierros retorcidos,  
aligerar las aulas levemente,  
sin Óscar, sin María, sin Alberto,  
sin Angélica o Daniel o Juan Ramón;

violentar el silencio de los libros  
y el de la eternidad en los estantes,  
a base de sollozos por David  
o por María Luisa o por Eugenio;

que al viento se mecieran los andamios,  
sin la voz de Saúl, ni la de Oswaldo,  
ni la de Mohamed o de Petrika;

que la luz cenital de la esperanza  
no alumbrara, a través de los cristales,  
dormitorios, estudios o cocinas,  
que faltara el aliento de John Jairo,  
que faltara el aliento de Teresa,  
que faltara el de Laura y Juan Antonio;

que los niños del parque y de la plaza  
no hallaran una mano cariñosa  
con que enjugar el llanto dolorido  
por el juguete roto y un amor,  
la mano de Anabel, de Anca Valeria,  
o la de Livia o Tinka y la de Sonia;

que los abuelos débiles, marchitos,  
ajados por la vida y por la muerte,  
sufrieran sin los ojos de Liliana,  
sin los de Mariana o Nicoleta,  
sin los de Paula, Elena, Encarnación,  
sin el soplo fugaz de Eva Belén;

que las teclas de los ordenadores  
imprimieran sus quejas desgarradas  
sin dedos en la flor de sus mensajes,  
los dedos delicados de Josefa,  
de Pedro, de Beatriz, de Mari Carmen,  
de Berta, de Mercedes, de Rodolfo.

Siempre dejás que mueran, Dios, los mismos,  
los inocentes, Dios, los inocentes.  
¡Pues maldita la guerra, tuya o nuestra,  
maldita la de Bush y la de Osama!  
¡Que callen los fusiles de una vez,  
que debemos llorar por nuestros muertos!

**JESÚS PINO**

*11 de marzo*

Este soneto-tren está de luto.  
Este soneto-tren está vacío.  
Este soneto es un intenso frío.  
Un gélido aluvión de muerte en bruto.

Este soneto-tren no es un panfleto.  
Este soneto-tren no es un olvido.  
Este soneto es hielo retorcido  
sobre el escombros atroz de su esqueleto.

¿Y a quién va a preguntar este soneto?  
¿A Dios? ¿Al Hombre? ¿Al bárbaro destino?  
Nunca hay respuesta al vendaval del llanto.

Sólo hay un tren muriéndose de espanto.  
Un enorme cadáver astifino  
buscando el corazón de su asesino.

### *Carta de amor*

Es primavera y mayo. Está lloviendo.

Las entintadas hojas de la hiedra  
flotan sobre la luz verdísima del trébol.  
Una amarilla margarita alivia,  
con su alcaná de oro, la grisumbra del aire.

Es primavera y mayo. Está lloviendo.

Tras el cristal de la ventana pesa  
la palidez de la melancolía.  
Sin pájaros, el cielo escenifica  
su ceño más antiguo y solitario.

Es primavera y mayo. Está lloviendo.

La lentitud enferma de un reloj  
gotea en el pulso. Caen los instantes  
como cenizas líquidas del cosmos.  
Todo es materia y se respira olvido.

Es primavera y mayo. Está lloviendo...

(Quiero escribir tu nombre. Pero no sé tu nombre.  
Tan sólo eres temblor de la tristeza.)

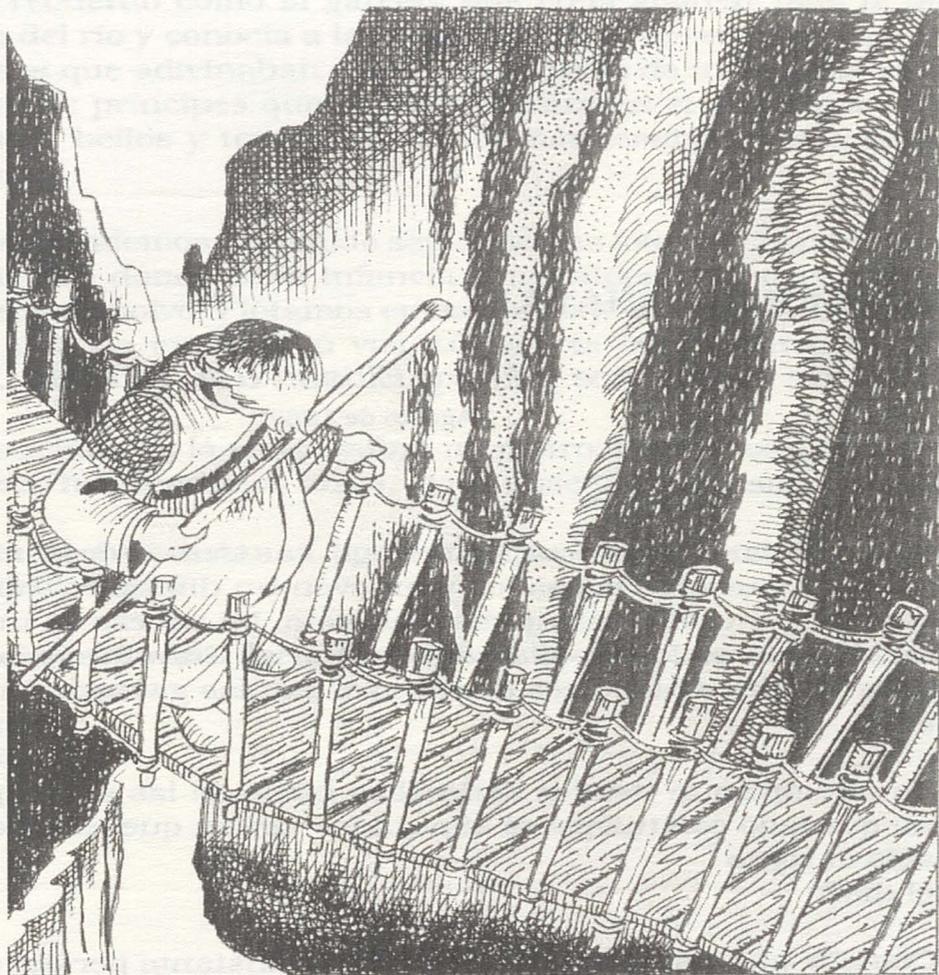
*Familiares del santo oficio*

No marees la perdiz dándole al pico.  
Ni me des más la vara con el tema.  
Ya huele mal tanta razón suprema.  
¡Cállate, por favor! Te lo suplico.

Convéncete: ni quiero ni claudico  
frente a la inquisición que me anatema;  
ni caigo en la sutil estratagema  
del pensamiento higiénico-científico.

¿Que afecta a tu salud? Yo te respeto.  
No fumaré estando tú presente.  
¿Que a mi salud también? Bueno... Es la mía.

¡Qué pronto te has cambiado de soneto!  
Ayer fumabas y eras indulgente.  
Hoy cansas con tu tonta humomanía.



J. GARCIA, 04.

**MARGARITA ANAYA**

*Carta de Constance y Mary Ellison a A. Liddell.*

Agosto de 1862

Querida nuestra,

El metal de la siesta nos acerca contigo. Las trenzas de la mimosa sombrean nuestros párpados y mueven un diminuto lémur de cosquillas, invisible, dibujador, inquieto. Mi cabeza es una arcilla de tibio sudor en el jardín de Christ Church, Oxford; la mía se desliza a las raíces donde escapan las gwragedd annwn de luz.

¿En qué diván te tiendes de la casa cerca de las algas que se han quedado con tus peces aflautados, ahora que camina despacio lo rojizo del día?

¿Cómo te has callado para no odiar este instante perfecto pues durando un ala de abejorro puede comerse varios estratos de aire manumiso y se encapucha con relojes dejándote huecos de sueños lamentando el peso falso, el peso débil hecho de huida?

Yo te recuerdo como la garceta que creía abarcar toda la anchura del río y conocía a las anguilas, y yo recuerdo las premoniciones que adivinaban signos en el dorso de tus manos y hablaban de príncipes que no experimentaron el dolor: eran signos muy bellos y temibles y tú, la más temible, nos amabas, decías.

Nos suspendemos del teñido sepia, de una foto fugaz que entinta eternos los dones de la infancia convertidos en limaduras, en poupées de polvo. Flotamos embalsadas y tú fluyes, olemos a la parte que no existe y tú vas, tú vas, te dueles, simplemente estás.

La porcelana de la siesta cubre mi rostro; el mío, azul, también se posa: nos tendimos atrás, ayer, ausentes.

¿Enviarás tus cartas al jardín del perfecto verano que no ha ajado el tiempo?

¿Nos contarás que fue de aquellos hilos de palabras bordadas en la hierba  
preciosa  
y egoísta?

Tuyas

C y D

*Hermana*

El corazón de hielo,  
el cisne, el dios refulge, la barroca armonía,  
la belleza sin soplo, sin ceniza, fisuras  
que se niegan, no son,  
patinadores sobre,

tú  
de la misma sustancia que las alas del bosque  
o como voces blancas del Gloria en Re mayor  
589, edición Malipiero,

tu corazón de hielo,  
bisel redondeado por donde muere siempre  
Virginia. Haces un nido pausadamente, vienes,  
tus pichones redondos, sostienes, te deslizas,  
el olvido,

oh criatura inglesa que decidió burlarse  
del dolor,  
que no te mire nadie con montaraces dardos;  
ya es tarde  
para licuar las lágrimas  
o recobrar las lágrimas o regalar las lágrimas.

Se retiró la sal,  
se abstuvo  
de oír que te quisieran y tú eres tan hermosa  
sin duplicar fisuras, afectos o desórdenes,  
y tú eres tan hermosa,  
blanca,  
dura,  
lejana  
o tan lejana.

## Ánfora

Quién te dirá que ve el cielo amarillo  
de la tarde de septiembre que trae  
lluvia y sol, una cortina tenue  
y se siente apenas con aliento  
para resistir al otro año  
y rehacer la silueta  
suave de la rutina,  
regresando cansado  
del castigo, o quizá  
satisfecho, cegándose  
con una afortunada  
compañía, o un dios.  
Qué pez más curioso bebe  
de tu vino tan inmóvil  
que piensa aún en paladares  
de efebos preferidos por hombres  
de perfil sosegado y algo triste,  
rigurosos en su sabiduría  
y sin embargo amando como niños  
cuando liban de ti, cuando se embriagan  
de cuerpos no velludos, mejorados  
a fuerza de caricias peligrosas,  
llegando hasta el jadeo que da vida  
en la muerte, energía indecible  
movimiento pagano que cruza  
la austeridad de un pecho ceñido  
por el horror de los adioses.  
Qué sal seca tu cadera,  
lo que dentro bullía,  
si te mece el agua,  
si estás caída  
entre los restos,  
y no llegaste  
a las bocas  
y cubre  
tu piel  
la cos-  
tra del  
silen-  
ci-  
o.

**JORGE LLANOS***Mortal suavidad*

AHORA aparece la lluvia...

Bondad, bondad y suavidad en la bola de tul  
que dejará su olvido.

Voy detrás de una paloma de corazón cortado.

Ella lleva mis ojos.

Un muro de verdor es su palabra.

En el decapito mi penumbra

para que cante el silencio.

Los reyes del viento duermen.

Las hojas de su cama en todos los tejados

anuncian la semilla.

De rama en rama, de corazón a arboleda

la música de un sueño...

Los pájaros de lágrima no vendan ya mi voz.

Bondad, bondad y suavidad en la bola de tul

que dejará su olvido.

## *Adivinanza*

LA pobreza unida de la tardes de Mayo  
en un espejo de caoba...

Mi corona, tu corona, su corona azul...

Los mensajes de yema en los cristales de la noche.  
Humo tibio, de olvido, humo brillante....

Todas las ballestas de las hadas encinta  
apuntan a una flor que nunca muere.





<b>Índice</b>	<b>Pág</b>
María Muñoz.....	7
Jesús Pino.....	9/86
Vicente A Magaña.....	20
Miguel Ángel Curiel.....	22
Virginia A. Lobos.....	24
María Antonia Ricas.....	26
Ángel del Valle Nieto.....	28
Manuel Quiroga Clérigo.....	31
Paco Morata.....	34
Vanesa Jiménez García.....	38
Susana Béjar Sánchez.....	44
Israel Fernández Villajos.....	49
Julio César Pantoja Torrijos..	52
Mauro Cano Rodríguez.....	56
M <sup>a</sup> A. López Rodríguez.....	59
Reyes Santiago Ostos.....	62/74
Lola López Díaz.....	67
Juan Carpa.....	72
Juan Carlos Pantoja Rivero...	76
Joaquín Copeiro.....	84
Margarita Anaya.....	90
Jorge LLanos.....	94



Copia digital realizada por el  
**Archivo Municipal de Toledo**

\_\_\_\_\_

